

CRISTIANIDAD



Pom. Batoni pinxit Romae.

Infunde amorem cordibus.

Ang. Ferri del. et sc. Boni

MARTIN OLIVA

— SOCIEDAD ANONIMA —

Tejidos Algodón



Calle Bailén, 68

Teléfono 25 05 87

BARCELONA

RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés por todos los problemas humanos y especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias, Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas el primero de cada mes.

Administración: Suscripciones, pagos, giros, pedidos, devoluciones, publicidad: Ediciones FAX, Zurbano, 80. Apartado 8001. — **Madrid.**

Redacción: Originales, libros para la Bibliografía, consultas: Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3. **Madrid.**

Precios de suscripción: España y naciones del Convenio Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90 pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado, 10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

Publicaciones CRISTIANDAD

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios

Texto castellano

30 pesetas

Edición latino-castellana

45 pesetas

DE INMINENTE APARICION:

Sor María del Divino Corazón

La cuestión de Palestina

Por José-Oriol Cuffi Canadell

Rústica: (Agotada)

Encuadernada: 8,- ptas.

La sombra de Bela Kun

Por el mismo autor

Precio: 10,- ptas.

Os quitaré el corazón de piedra...

"La idea de progreso ha sido en la moderna Europa occidental la fe activa de nuestra civilización" escribe Christopher Dawson, y añade: "Puede decirse que hoy para la mayoría de los europeos, y aun más para la mayoría de los americanos, el progreso consiste en la expansión de la nueva civilización urbanomecánica: significa más cinematógrafos, automóviles para todos, instalaciones radiotelefónicas, métodos mortíferos más perfeccionados compras en mensualidades, alimentos envasados, papeles pintados..."

La exactitud de esta observación no hace sino mostrarnos una vez más el acierto de los pensadores que han definido la moderna civilización occidental por este rasgo: el predominio en la sociedad de los ideales y del modo de entender la vida que significamos por la expresión "espíritu burgués".

Espíritu burgués que no trataremos ahora de analizar, pero al que debemos aludir aquí desde el principio de este número de CRISTIANDAD. Porque en él, culminación y fracaso a la vez del humanismo del Renacimiento, se encuentra el camino seguido por la sociedad cristiana en su retorno al paganismo, "los hombres se han rebelado contra el Cristianismo verdadero y fiel a Cristo y su doctrina, se han forjado un Cristianismo a su talante, un nuevo ídolo que no salva, que no repugna a las pasiones de la concupiscencia de la carne, a la codicia del oro y de la plata, que fascina la vista, a la soberbia de la vida; una nueva religión sin alma, o un alma sin religión, un disfraz de cristianismo muerto, sin el espíritu de Cristo. Por los caracteres que señala Pío XII se ve claro que este cristianismo "forjado por los hombres de su talante" es precisamente un cristianismo mundano, que "se agota en la fría rebusca de ideales terrenos".

En el siglo XVIII el deísmo tendía a minimizar la Providencia paternal de Dios y su soberanía sobre la Creación, se forjaba un Dios no ya Señor y Padre sino sólo Arquitecto del Universo, con ello pretendía reducir la religión "dentro los límites de la Razón", bien pronto se iba a negar a la razón misma toda visión trascendente y reducir su campo propio a la Ciencia positiva.

Ciencia al servicio de la técnica, al servicio, como fin último, del bienestar y del progreso económico, de una vida confortable. Al cabo de algunas generaciones de emplear las energías espirituales del hombre al servicio de las ciencias de la cantidad y la materia, creyendo con ello servir a la vida, nos hemos encontrado con que la naturaleza humana misma se rebela contra la sequedad de un pensamiento mecanizado. Muchas corrientes de pensamiento y aun la masa de los hombres se han rebelado entonces contra el espíritu contra la razón en nombre de esta misma vida aniquilada.

Porque el "espíritu burgués" ha sido y es "espíritu de cálculo", es antitético de una vida humana profunda. Es antitético de la religión de la piedad del entusiasmo y del sacrificio, del amor, enemigo del espíritu de Cruzada.

Ciertamente, el espíritu burgués viene a definirse por el espíritu de cálculo, cálculo que no deja de extenderse a la vida religiosa y moral. La invasión de tal espíritu entre los católicos produce el tipo del que deliberadamente reduce sus problemas religiosos al de llegar "hasta cierto grado de contentar su alma". ¿Cuánto puedo yo adquirir, cuánto puedo yo gozar sin pecado grave? se preguntará el más escrupuloso de los dictados de tal espíritu. Y el sentido de esta pregunta será el de desear ver más y más alejado este límite.

¿Con cuánto podré yo pensar que satisfago las exigencias divinas? Y el sentido de la pregunta es ahora el de encontrar el punto, lo más inferior posible, en que podré pensar ya que "Dios no me pide más", que no me exige ya sacrificio y entusiasmo generoso. Se trata de minimizar la exigencia de Dios en mis cosas y en mí mismo, de salvaguardar "los derechos del Hombre" frente a Dios.

La religión consiste en reconocer y acatar la soberanía absoluta de Dios nuestro Señor. Aquel espíritu es antitético a la religión. La piedad consiste en entregarse confiado en brazos de Dios nuestro Padre. Aquel espíritu es contrario a la vida de piedad.

El espíritu de cálculo está reñido con todo afecto generoso, con todo noble entusiasmo del corazón. Por esto el espiritualmente burgués es enemigo del espíritu de Cruzada ¡Cuántos "perversos caballeros" ballaría hoy San Ignacio en el Occidente que llamamos cristiano, que no responderían al llamamiento de la Cruzada del Rey temporal! No nos engañemos, maldecimos la cruzada porque nos irrita el entusiasmo y el sacrificio, por miedo, o por odio, a la Cruz.

La mensajera del Amor misericordioso de Dios. La que habla del Corazón de Dios a los hombres "sin corazón", la que hubiera deseado también "morir en un campo de batalla en defensa de la Iglesia" en medio de sus innumerables vocaciones, nos da la lección que, si nos hace ver que el "espíritu de cálculo" es sobre todo antitético del amor, nos invita a la vez a la confianza y a la audacia para desprendernos de él.

He aquí su lección:

*Abi sans compter je donne, etant bien sûre
que, lorsqu'on aime on ne calcule pas*

* * *

"Os quitaré el corazón de piedra de enmedio de vuestras entrañas, y os daré un corazón de carne" nos promete el Profeta.

Un extraño misterio se encierra en esta promesa: ¿No nos dice Jesucristo que "El Espíritu es el que vivifica, pero la carne de nada aprovecha"? ¿Porqué no nos hace Dios anunciar por el Profeta que vivificará con su divino Espíritu nuestro corazón petrificado por el egoísmo? ¿Nos promete acaso algo de menos valor, algo que "nada aprovecha"? San Pablo nos describe en la Carta de los Romanos a los hombres del paganismo: "Como no quisieron reconocer a Dios, Dios los entregó a un réprobo sentido... quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad, llenos de envidia, homicidas pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales desgarrados, sin amor.."

"Sine affectione". Con el corazón desamorado y lleno de corrupción. Con un corazón de piedra. Hombres así, desnaturalizados, sin corazón de carne, sin afectos humanos, crea también el paganismo moderno. Por esto mismo el progreso sin Dios ha terminado en la ruina y en la muerte, en la muerte corporal y en la muerte del alma, en la muerte del corazón.

Y los muertos no resucitan si no es por la omnipotencia y la bondad de Dios. ¡Ay de nosotros si como es axioma de la mentalidad "burguesa" - Dios no hiciera ya milagros! Pero los hace. "El Espíritu es el que vivifica". Sólo el Espíritu Santo viviente en nuestras almas puede de nuevo dar vida a nuestro corazón petrificado.

Pero la divina sabiduría, que alcanza de un extremo a otro con fortaleza y dispone todas las cosas con suavidad, nos ha ofrecido a los hombres "un nuevo Mediador, de una como segunda redención amorosa". Un mediador entre la Santidad del Espíritu de Dios y la debilidad de nuestro corazón corrompido y seco.

En Él habita el Espíritu Santo, Él vive en nosotros. El Corazón de Cristo es el nuevo Mediador y Cristo nos lo da para que sea, como escribe el P. Ramière "corazón de cada cristiano". En verdad nos quita el corazón de piedra, nuestro corazón de carne corrompido por el pecado, y nos da un Corazón de carne.

Un Corazón de carne, que es el Corazón de Dios

F. C.



SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **Os quitaré el corazón de piedra...** (págs. 273 y 274).

EN EL CUARTO AÑO JUBILAR: **Ecos de la Cruzada** (pág. 275).

El sentido de la Cruzada en Íñigo de Loyola (IV), por el P. Ramón Orlandis, S. I. (págs. 276 a 278).

Sólo una Cruz puede hacer Cruzados, por María Asunción López (págs. 279 a 281).

Espíritu burgués y espíritu de Cruzada, por Francisco Hernanz (págs. 282 a 284 y 290).

El corazón, lo más íntimo de la persona, por Jaime Bofill (págs. 286 y 287).

Optimismo de la Iglesia, por el R. P. Eymieu (págs. 283 a 290).

Estar presentes, por el P. Emvin Busuttill, S. I. (págs. 291 y 292).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El Corazón de Jesús y la salvación de España. Esperanza suprema**, por José-Oriol Caffi Canadell, (págs. 293 y 294).

Orientaciones bibliográficas, por Luis Luna (pág. 295).

DE ACTUALIDAD: **Valor del trabajo y función social de las finanzas. — Manifiesto de los dirigentes de Israel, en el segundo aniversario de la proclamación de su Estado**, por J. O. C. (pág. 296).

ADVERTENCIA.— CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver.

ECOS DE LA CRUZADA

LA CRUZADA Y LAS ESCUELAS

Conferencias para maestras

El Rvdo. Promotor de la Cruzada Internacional de Oración y Penitencia, Padre José M.^a Murall, S. J., pronunció en el local de la Congregación Mariana del Magisterio de nuestra ciudad, dos conferencias: una, el domingo, día 30 de abril pasado, a las 12, versando sobre el punto «*Gravedad suprema de la Humanidad en la hora presente. La Cruzada del Año Santo. Orientaciones Pontificias sobre su importancia: sus objetivos y sus armas*»; y la otra, el domingo siguiente, día 7 de mayo, sobre «*Colaboración especial del Magisterio en la Cruzada proclamada para remediar tan gravísimos males y y peligros aún mayores*».

Certamen catequístico nacional para la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Para difundir entre los niños el conocimiento y amor de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, ha sido redactado un pequeño catecismo del Sagrado Corazón; y con el fin de estimularles a su estudio, el Jefe Nacional del Servicio Español del Magisterio y el Presidente de la Federación de Maestros Católicos, se han dirigido a la Dirección General de Enseñanza y ésta, por Orden de 15 febrero del corriente, ha tenido a bien disponer lo que reproducimos a continuación:

Con motivo de la celebración del Año Santo, *La Federación de Maestros Católicos y el Servicio Español del Magisterio* ha organizado un Certamen Nacional sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Como acreditada la Historia, nuestra Patria se ha

distinguido en esta devoción; nos llamamos, además, en el cincuentenario de la Consagración del género humano al Divino Corazón hecha por el Sumo Pontífice León XIII, y en el Año Santo de la renovación que de esta Consagración pontificia piensa hacer Su Santidad Pío XII. A España, pues, corresponde el lugar de vanguardia, en estas solemnidades, ya que El ha prometido reinar aquí con más veneración que en otras partes.

Organización del Certamen

La Dirección Nacional de Enseñanza Primaria recomienda a todos los Maestros, Inspectores de Enseñanza Primaria y Profesores de las Escuelas del Magisterio, que presten a la ejecución de tan noble y piadoso designio la mayor cooperación posible.

Se ha designado una Comisión Central, que a su vez nombrará los organismos provinciales y locales correspondientes.

A fin de que sirva de base y de materia de estudio para este Certamen, la Comisión ha encomendado al Padre Luis F. de la Fuente, S. J., miembro de la misma Comisión Central, la redacción de un *Catecismo*. En él se expone la historia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, sus fundamentos y otros aspectos relacionados con su culto y medios más adecuados para mantener el espíritu que lo anima. Completan el texto algunas enseñanzas sobre el Año Santo.

A las Comisiones provinciales incumbe determinar la duración del Certamen, dentro de un plazo discrecional.

La prueba eliminatoria se hará por

pueblos, después por partidos judiciales, cuyos campeones acudirán a la capital para la final con los de la ciudad, que se seleccionarán por escuelas o grados.

A este Certamen podrán concurrir todos los niños de 9 a 14 años. Los demás que aprendan dicho *Catecismo*, pueden aspirar también a premios locales o provinciales.

En cada provincia se seleccionará un niño y una niña, en calidad de campeones, los cuales obtendrán como premio el derecho de ser llevados gratuitamente en peregrinación a Roma, o al Santuario Nacional de la Gran Promesa, de Valladolid o al Cerro de los Angeles, o a otro lugar propio para expansionar y cultivar la devoción; formando un grupo de Cruzados españoles del Sagrado Corazón, los niños campeones y sus maestros.

Habrán también subcampeones: un niño y una niña por cada partido judicial, que tendrá su excursión nacional o comarcal a un santuario.

Catecismo del Sagrado Corazón

De 32 páginas, tamaño 10 por 14; atractiva y cuidada presentación. El texto es claro, sencillo; cumple justamente el fin que se propone.

Una peseta por ejemplar. Desde 25 ejemplares en adelante, 10 por 100 de descuento. Los Colegios particulares (religiosos y seculares) pueden adquirirlos en el *Secretariado del Apostolado de la Oración*, Lauria, 15 y Layetana, 105.

Con mucho gusto se darán más por menores, en el Secretariado.

EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA

IV

DE CRUZADO TEMPORAL A CRUZADO ESPIRITUAL



Iñigo de Loyola, espectador ideal de aquel total levantamiento de la Cristiandad unificada idealmente en virtud de las cualidades incomparables y del gobierno prudente y eficaz hasta lo increíble de aquel su rey temporal elegido de la mano de Dios, tiene fijos los ojos de la imaginación en aquel espectáculo sublime de la promulgación de la Cruzada y no puede menos de compartir el entusiasmo religioso y caballeresco de tantos príncipes y de tantos señores y de tantos hombres populares que aceptan y aplauden el llamamiento del rey. Les ve, a soberanos y gobernantes, organizando a porfía aquella movilización incontable y, a millares y a millones, a los cruzados voluntarios acudiendo presurosos a los centros de alistamiento.

Mas he aquí que la mirada de águila del gentilhomme de Loyola avizora a un mentido caballero, vil y cobarde egoísta, que con mañas fortuosas esquivo tomar la cruz y busca el modo de emboscarse. Ante cuadro tan repugnante, el noble espíritu de Iñigo se subleva y siente náuseas; mas modesto y mesurado se contenta con decir: «¡Cuán merecedor es aquel desventurado de ser vituperado por todo el mundo y fenido por perverso caballero!»

En aquel instante se ofrece a la vista imaginativa de nuestro ideal cruzado un cuadro, no fraguado en la fantasía, sino de la más inefable e inconcusa realidad. La huella que en su alma dejó esculpida la contemplación de este nuevo cuadro fué tan honda y luminosa, que por ella halló el camino que le había de conducir a realizar el plan de Dios.

Meditación del Reino de Cristo

SEGUNDA PARTE

En la segunda parte del ejercicio del Reino de Cristo, por medio de unas breves palabras, henchidas de sentido y de vigor, intenta el Santo autor de los Ejercicios despertar en el alma del ejercitante algún eco de lo que él en aquel entonces sintió. A continuación tienes, lector amigo, las palabras de San Ignacio. En ellas no busques lo que no hay, literatura; busca, sí, espíritu y verdad, que de esto, cuanto más ahondes, más hallarás.

La segunda parte de este ejercicio consiste en aplicar el sobredicho ejemplo del rey temporal a Cristo Nuestro Señor, conforme a los tres puntos dichos.

Primer punto. Y en cuanto al primer punto, si tal vocación consideramos del rey temporal, cuanto es cosa más digna de consideración ver a Cristo Nuestro Señor, Rey eterno, y delante de él todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: «Mí voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.»

Segundo punto. El segundo, considerar que todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo.

Tercer punto. El tercero, los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, mas aún haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y momento, diciendo:

Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y de vuestra Madre gloriosa y de todos los Santos y Santas de la Corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir en tal vida y estado.

Esta es, a la letra, la segunda parte de la consideración o ejercicio del Reino de Cristo. Ella es el complemento necesario de la primera parte de la misma meditación, que quedó transcrita y a disposición del lector de *CRISTIANDAD* en su número 148.

Esta segunda parte no es solamente el complemento de la primera, sino también su próxima y directa razón de ser.

La primera parte, aquella parábola —o ejemplo, para hablar como el autor de los Ejercicios— del rey temporal y del llamamiento que hace a toda la Cristiandad para que toda ella, libremente, quiera colaborar con él en aquella santa empresa de conquistar toda la tierra de infieles, no pasa de ser una suposición ideal. Es el esquema imaginario de una Cruzada mundial, de una guerra religiosa que ha de transformar el mundo.

A los lectores de *CRISTIANDAD*. ¿Por qué hablar de Cruzada?

Respectables y amables lectores de *CRISTIANDAD*: San Ignacio de Loyola, hombre tan discutido en su persona y en su obra, y, por supuesto, tan desconocido de muchos, encabeza el ejercicio o meditación del Reino de Cristo, que hemos copiado y estamos estudiando, con aquellas palabras, no escritas a la ligera, sino con aquella consideración y madurez que es su sello personal: «*El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eternal.*»

Para él mismo había sido ayuda poderosa y definitiva; a su tiempo lo haremos ver, Dios mediante. Y precisamente su experiencia personal le persuadió que, como a él, ayudaría al futuro ejercitante. Y esta persuasión no quedó desvanecida ni refutada en su mente por la experiencia de su vida posterior. La experiencia personal data de su estancia en Manresa, años 1522-1523, y la persuasión de que se extendería a las personas que se ejercitaran en la vida espiritual según las directivas de su libro, no se desvaneció ni mermó en todo el curso de su vida; en el año 1548 presentó su librito al examen y aprobación del Sumo Pontífice sin rectificar este pasaje.

Desde entonces han pasado cuatro siglos. En el mundo de San Ignacio aún alentaba el espíritu medieval de caballería que forzosamente se infiltraba en la vida espiritual, puesto que esta vida, si es sobrenatural por la gracia —alma que la anima—, es humana y natural, en cuanto lo es el hombre, sujeto vivificado por la gracia, y agente en el cual y por el cual la gracia actúa.

La evolución del mundo, que empezaba precisamente en la época de San Ignacio, ha llegado a ser tan vasta y tan profunda, que el hombre de nuestro tiempo parece que no está hecho para comprender el idioma de aquel tiempo.

Las ideas de valor se han trastocado en gran parte y aun más que las ideas del entendimiento se han transformado, y tal vez deformado, los sentimientos del corazón.

Y viniendo al particular. ¿Qué poder o eficacia de preparación podrá ejercer en el hombre de nuestro tiempo el pensamiento, o la imaginación, o el sentimiento de una guerra en orden a la vida sobrenatural cristiana?

En el fondo del alma, el hombre de nuestro tiempo aborrece y hasta la guerra. En aquellos tiempos semibárbaros, se comprende en algún modo que fueran pábulo para mantener el espíritu belicoso el deseo de aventuras y el salvaje deporte del ganar o del perder hasta matar o morir, etcétera.

Empero, el hombre positivo de nuestros días no puede comprender la guerra, sino en el caso impuesto por los intereses materiales: el petróleo, las materias primas, el uranio, etc. ¿Por qué y para qué combatir por las ideas, cuando ellas todas son respetables? ¿Por qué y para qué combatir por los sentimientos, cuando éstos están tutelados por el fuero autónomo del corazón?

El hombre moderno, así por estar impregnado del espíritu a que se da el nombre de *realista* y *positivo*, como porque la guerra contraría sus aspiraciones al bienestar y al interés, como también por la impresión de horror que han dejado en las almas las guerras contemporáneas, es de ordinario enemigo de la guerra y tiende al antimilitarismo. La preparación para la guerra, los gastos que se consumen en ello, se soportan como un mal.

Nos referimos a las personas corrientes; no a esos verdaderos monstruos que ambicionan y esperan enriquecerse con la guerra.

Ahora bien, viviendo como viven nuestros buenos lectores en este ambiente pacifista, por una parte, y, por otra, cargado de amenazas de guerra, ¿será juicio temerario el pensar que a algunos lectores de CRISTIANDAD les parezcan extemporáneos e inadaptados estos artículos? Y este recelo no se desvanece con la sola consideración de que, por tratarse en los artículos no de una guerra cualquiera, sino de la Cruzada, de la llamada guerra santa, no se produzca aquella mala impresión que es de presumir recibirían si se tratase de una guerra cualquiera. Antes al contrario, porque la guerra llamada santa no sólo es odiosa en sí misma, sino que hace odioso a quien la bendice o promulga.

Así pues, para atraer al hombre moderno y hacer que simpatice con San Ignacio y sus Ejercicios, le parecerá a nuestro lector que es táctica equivocada la que tiende a hacer resaltar en los Ejercicios y en su autor todo lo que en ellos pueda haber de espíritu militar y más aún de espíritu de Cruzada. Ya que el adelanto de la civilización ha ido librando a la Iglesia de los resabios de la dureza propia de las épocas bárbaras, disimulemos lo que ella en otros tiempos hizo por el influjo inevitable del ambiente, y no aumentemos la hostilidad que se le tiene llamando la atención de los poco seguros en la fe sobre aquello que ha de alejarles más de la Iglesia, como es todo aquello que no procede del espíritu de su Divino Fundador, sino del ambiente humano en que ella vive.

No recordemos las Cruzadas, ni mucho menos glorifiquemos su espíritu; hablemos de caridad, ponderemos el espíritu de tolerancia de la Iglesia de nuestro tiempo; atraigamos a ella las almas ponderando su admirable espíritu de adaptación al progreso de la humanidad; librémonos de prejuicios atávicos y de la ambición de defenderlo todo. Vivamos en la realidad que se nos impone, ya que ésta es la única táctica para que este mundo que pelagra se deje salvar por la Iglesia, por el espíritu de caridad evangélico.

¡Amigo mío, lector de CRISTIANDAD, que al hablar o pensar de esta manera das muestra de tu buena fe y de tu corazón compasivo! Yo no sé si habré acertado al exponer en tu nombre tu recelo y tu consejo. Si no te contestamos desde este momento, no lo tomes a desdén. Las ideas que

flotan en un ambiente es muy difícil formularlas en conceptos. El intento de hacerlo no pocas veces funda y profundiza disensiones que, en realidad, jamás existieron o por lo menos jamás tuvieron importancia. ¿Quién podrá captar los imponderables y averiguar su peso? Si nuestro amigo disconforme no lo ha de llevar a mal, le suplicaremos que, si hasta ahora ha tenido la paciente benevolencia de leer nuestros artículos, dé por agotada su longanimidad y deje de leernos; que tal vez las líneas que seguimos no son tan paralelas como parecen, y tal vez llegarán a tocarse antes de llegar al infinito.

LA CRUZADA DEL REY ETERNAL

«Si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo nuestro Señor, Rey eterno, y delante de Él todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos...»

El P. Oliverio Manareo, flamenco, contemporáneo del Santo y una de las personas más respetables que tuvo en aquel tiempo la Compañía, nos ha conservado este recuerdo: «Desde el principio de su conversión y de su vocación, San Ignacio recapacitaba sobre todo en dos de los Ejercicios: en el de las Dos Banderas y en el del Rey que se prepara para la guerra contra el enemigo infernal y contra el mundo.»

Y el mallorquín P. Jerónimo Nadal, íntimo confidente del Santo, en un texto publicado recientemente, nos dice:

«En este tiempo (durante su estancia en Manresa)... le comunicó nuestro Señor los Ejercicios, guiándole de esta manera para que todo se emplease en el servicio suyo y salud de las almas, lo cual le mostró con devoción especialmente en dos ejercicios, scilicet —es a saber— del Rey y de las Banderas. Aquí entendió su fin y aquello a que se debía todo aplicar y tener por scopo —por blanco— en todas sus obras, que es el que ahora tiene la Compañía.»

Los textos que acabamos de citar son testimonios fehacientes de la importancia que el Santo autor de los Ejercicios y fundador de la Compañía de Jesús atribuía a los dos ejercicios de que en ellos se habla: que son el del Reino de Cristo y el de Dos Banderas. Tal y tan grande fué el influjo que tuvieron en la formación y en la orientación de su vida, que especialmente en ellos entendió el Santo su fin y aquello a que todo se había de aplicar y tener por blanco en todas sus obras. Claro es que lo que en aquellos Ejercicios Iñigo de Loyola entendió, no fué el fin general del hombre, el común a todos los hijos de Adán, sino su destino concreto, aquello a que Dios en particular llama, y no se ha de entender esto de tal manera que conociera ya desde entonces todas las particularidades de su vocación. De haberlas conocido, no hubiera dudado por tanto tiempo, en lo sucesivo, de la forma concreta que había de dar a su obra. Lo que sí parece indudable es que aquellas dos meditaciones ejercieron en el alma de Iñigo tal influjo, que fué bastante para hacer brotar en él el germen de la Compañía.

Iñigo de Loyola, el Caballero de la Reina del Cielo, Madre del Rey eternal, allí en la margen del Cardoner, en aquella cueva silvestre, sin duda quedaría horas y horas absorto en la consideración del Reino y de las Banderas. En estas meditaciones, Jesucristo se presenta explícitamente a la consideración del ejercitante como Rey eterno, y le presenta su empresa como guerra de conquista espiritual, como Cruzada por su fin y por su acción sobrenatural. Y ésta, sin duda, fué la fase o aspecto de la persona y de la actuación de Cristo, que con más luz y relieve se ofreció a la contemplación de Iñigo, en aquel espacio de tiempo en que concentró su mente y su corazón en la consideración devota de la vida y misterios del Verbo Divino hecho hombre.

PLURA UT UNUM

Y para subir a la contemplación de la vida y misterios de Jesucristo y mirarla desde aquel punto de vista, le sirvió a guisa de peldaño el sentido de Cruzada que palpita en la parábola del Rey temporal; y esto en virtud de la analogía que existe entre realidades espirituales o sobrenaturales de orden superior y realidades materiales o naturales de orden inferior.

Esta analogía se da entre una guerra justa y de fin noble y elevado y la guerra espiritual a la cual nos llama Cristo contra los enemigos del alma: mundo, demonio y carne. Y ¿no será esta semejanza o proporción más próxima y señalada, cuando la guerra justa y noble queda, por la intención y por el fin, elevada hasta lo sobrenatural y religioso? ¿Y no es éste, mi buen lector, el caso de la Cruzada?

Yo apelo a tu buen sentido. Entre un cristiano aburguesado, que se goza en su buena vida y en el *confort*, y un joven de temple patriótico e idealista, ¿a cuál escogerías, pensando humanamente, para llevarle a una vida de entrega total a Dios, de austeridad y heroísmo cristiano? Vamos a dar un paso más; supónete que dicho joven no es solamente un patriota e idealista, sino que es uno de aquellos que, en el mes de julio de 1936, impelidos por el entusiasmo religioso, por el amor al prójimo y a la patria, sin titubeos ni cálculos, se lanzaron a campaña con el espíritu de un auténtico cruzado, ¿qué no esperarías de él en la vida y en la lucha espiritual? ¡Ay!, que quizás a algunos de aquellos héroes debamos, tú, el que puedas leer esto; yo, el que haya podido escribirlo.

LA CRUZ HASTA EL SACRIFICIO

En el ejercicio del Rey, el autor de los Ejercicios, con aquel su hablar singular, conciso y casi imposible de entender con una simple lectura —el libro de San Ignacio no está destinado a ser leído—, pone al ejercitante en presencia de Cristo, Rey eterno y Señor universal, que en particular le llama y le dice: *Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiera venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.*

Luego, en el segundo punto, a seguida de las palabras transcritas, hace que el ejercitante se recoja en su interior y considere qué es lo que ha de responder al llamamiento de Cristo, y con fuerza de razón incontrastable se lo sugiere: «*Todos los que tengan juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo.*»

No es poco lo que el ejercitante ofrece en esta respuesta. En realidad, es una oblación total, es una entrega perfecta al servicio de Dios, porque entregar la persona no es solamente hacer entrega de los servicios, sino de la fuente y raíz de los servicios; es dar no los frutos del árbol, sino el árbol mismo; es entregar la libertad, que es lo más ínfimo y profundo de la persona; es resolverse a renunciar a todo derecho para dejarlos todos en manos de Dios.

Y no se diga que a Dios se lo debemos todo, nuestra persona, nuestra libertad y nuestras obras. Porque esta manera de entrega tiene un sentido profundo: significa que nuestra entrega es tan voluntaria y libre, que si, por imposible, a Dios no se lo debiéramos todo, usaríamos nuestra libertad para hacerle entrega de todo.

Además, es una determinación definitiva de hacer en todo lo más perfecto, no sólo lo que Dios mande, sino lo que El desee, renunciando a lo lícito y permitido, si el servicio de Dios nos lo aconseja.

Esta entrega se hace a Cristo Rey para trabajar por El

y para El no solamente en lo que manda, sino en lo que demanda.

El trabajo continuo es muy penoso; trae consigo la pena del esfuerzo y el cansancio de la constancia, todo lo cual es muy contrario a nuestra sensualidad, que apetece el reposo y el capricho de lo variable.

Por fin, lo que ofrece el ejercitante es el trabajar no solamente por Jesús, sino con Jesús; es decir, cooperar con el trabajo de Jesús, colaborar con Jesús, trabajar con Jesús en su labor. Y como Jesús trabaja en las almas con su providencia y con su gracia, se ofrece el ejercitante, en primer lugar, a trabajar en sí mismo, cooperando con la gracia en la obra de su propia santificación para hacerse perfecto instrumento de la gracia.

Es cosa muy de notar que proponiendo como propone Cristo su empresa en esta meditación como una guerra de conquista, no le pida al ejercitante la lucha, sino el trabajo; la pena que da el trabajo, no los peligros ni los padecimientos de la guerra; ¿no será esta aparente discordancia algo de intento querido por la prudente táctica de San Ignacio?

En cierta ocasión intentamos definir el concepto de los Ejercicios de San Ignacio, diciendo que, cuando éstos se hacen conforme al modo y orden prescritos por su autor, vienen a ser como un cursillo intenso y práctico de perfección cristiana. Y como la norma usual de la Providencia divina en todo crecimiento vital y perfecto no es el proceder por saltos, sino el conducir gradualmente al ser perfectible de lo menos a lo más, asimismo San Ignacio, en el que nos atrevemos a llamar su cursillo intensivo de perfección espiritual, imita la táctica de la gracia divina, o, hablando con más exactitud, se acomoda a ella, llevando al ejercitante de lo menos a lo más, bajo el impulso y la dirección de la gracia y de la providencia divina.

El llamamiento de Jesucristo, Rey divino, es universal, se dirige a todos los hombres, a los que existían durante su vida mortal y a los que habían de venir a este mundo hasta la consumación de los siglos. A todos llama a la Cruzada contra los enemigos de las almas: mundo, demonio y carne.

«*Quien quiera venir en pos de Mí, atendiendo a mi llamamiento, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga...*»

Estas palabras, de dura significación, las dirigió Jesucristo al pueblo, no a sus discípulos escogidos. ¡Cuántos dirían, al oír las, aquellas mismas palabras con que en otra ocasión, según narra el evangelista, comentaron las palabras de Jesús: «*Duro es este lenguaje.*»

Jesús no había de abolir ni de mutilar esta ley ni siquiera en una tilde, pero su amor misericordioso puede y quiere suavizarla a los humildes, a los pobres de espíritu, a los que se entregan confiados, no quitando de sus hombros o de su corazón la Cruz, sino suavizándola con el amor, haciéndoles amar la Cruz.

Así, el autor de los Ejercicios conduce al ejercitante, bajo la dirección siempre implorada de la gracia, a librarse del miedo a la Cruz a medida que prende en su corazón el fuego del Sagrado Amor, hasta que el árbol salvador de la Cruz quede plantado, no sólo en el entendimiento del ejercitante, no sólo en su voluntad obediente al imperativo de la razón iluminada por la fe, sino también en su corazón, donde, en frase del Apóstol, el Espíritu Santo difunde su caridad.

ENTONCES EL EJERCITANTE SERÁ PERFECTO CRUZADO, ENTONCES CONOCERÁ EXPERIMENTALMENTE EL SENTIDO, EL DINAMISMO DE AMOR DEL SÍMBOLO FUNDAMENTAL DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS: LA CRUZ DE CRISTO PLANTADA EN EL CORAZÓN DE CRISTO.

Ramón Orlandis, S. I.

SÓLO UNA CRUZ PUEDE HACER CRUZADOS

¿Cuál?

La de Jesucristo. Él mismo lo declaró sin ambages al proclamar la cruzada inmediatamente después de la fundación de la Iglesia. Esta cruz, sin embargo, casi podríamos decir que no se conoce. Esto no es un sofisma ni una paradoja. En verdad puede decirse que son relativamente muy pocas las personas para quienes la cruz de Jesucristo, en su sentido real y trascendente, no sea prácticamente desconocida. Todo conspira para desvirtuar su significado. Por una parte, la evolución de los tiempos nos encuadra en momentos históricos completamente distintos por lo que se refiere a la administración de justicia y aplicación de castigos; por otra, la costumbre de considerarla como señal gloriosa de redención, signo de fe y equidad en los tribunales, emblema de las más altas distinciones en las jerarquías civiles y militares, y cerrando el aro de las coronas para designar la realeza, hacen casi imposible que se dé con la cabal medida de ignominia, humillación, dolor, iniquidad e injusticia que tenía en realidad cuando Jesús, como caudillo que levanta bandera para conquistar el reino que acaba de fundar, dijo: *«El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.»*

Jinetes en las alas veloces del espíritu, trasladémonos hacia aquellos lugares y tratemos de imaginar, *«como si lo tuviéramos presentes»*, el momento solemne en que Jesús dió esta llamada misteriosa, pero tan clara y vibrante; aquel otro en que literalmente tomó la cruz sobre sus hombros para manifestarla en su cruda realidad; y, por último, cómo el milagro de su misericordia convierte esa cruz trágica, sangrienta, pesada y dolorosa, en una carga suave, dulce y ligera.

Proclamación de la Cruzada

Sería tal vez al caer de la tarde cuando Jesús, con sus discípulos, llegó frente a Cesarea de Filipos. Como de costumbre, se retiró a orar, y los apóstoles apenas dirigirían alguna distraída mirada a la soberbia ciudad de ladrillo rojo levantada entre los bordes de la rica llanura de Serón y la inmensa rada de arenas de oro que tenían delante.

Dado su estado de ánimo, nada les dirían las esbeltas columnatas que sostenían los balcones sobre el mar, ni los muelles, ni las torres, ni el acueducto, ni el teatro, ni el circo, ni el templo de Augusto, porque venían casi huidos. El Maestro, especialmente en Jerusalén, había ofendido a los soberbios predicando humildad, a los ricos alabando la pobreza, a los doctos confundiendo sofismas y deshaciendo sutilezas y a los fariseos denunciando las hipocresías. Nada importaba a los Jefes supremos de Israel que sus manos, al bendecir, multiplicara los panes, que su voz calmase las tempestades y resucitase a los muertos y que hasta de la orla de su manto saliera gracia y salud. Al contrario, todo esto despertó su envidia. El odio saturaba de tal modo sus corazones que rezumaba el despecho convertido en amenazas; la raza de víboras vertía su baba venenosa, contaminando al pueblo y azuzando a la chusma; se palpaban sombríos presagios de persecución, y Jesús la esquivó porque aún no había llegado su hora, y helos aquí frente a la ciudad paganizada.

Comentarían los acontecimientos; lo que decían las gentes entre sí, lo que les preguntarían sus familiares y conocidos. Aventurarían algunos juicios propios, y cuando, acabada la oración, se les volvió a unir Jesús, es probable que, entrando en el curso general de la conversación, les preguntara: *«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?»* La respuesta no tenía dificultad, pues todos

lo sabían, y es probable que todos contestaran a la vez. *«Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías u otro de los profetas antiguos resucitado.»*

Ha llegado el momento para el cual la Providencia había ordenado todos estos acontecimientos. *«Y vosotros, ¿quién decís que soy?»*, les pregunta. Vehemente, impulsivo, apasionado, responde inmediatamente Pedro: *«Tú eres el CRISTO, EL HIJO DEL DIOS VIVO.»* No había razonado. Las palabras brotaron del corazón a los labios. Moduló su voz la revelación del Padre, interpretándola fielmente. Y Jesús lo manifiesta con toda solemnidad: *«Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan; porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos.»* Ha confirmado el testimonio que de su divinidad ha dado Pedro; ahora hace uso de su poder: *«Yo te digo que tú eres Pedro y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos. Lo que tú atares sobre la tierra será atado también en el cielo, y lo que desatares será desatado.»*

Jamás se ha investido a nadie de poder tan formidable, tan amplio y tan extenso. Se confirmaba la supremacía que ya venía concediéndole el Señor sobre los demás apóstoles, que no dejarían de mirarle recelosos. Mas pronto una preocupación nueva les deja anonadados. Jesucristo ha fundado un reino que ha de conquistarse. Ahora hay que reclutar soldados, levantar una enseña y dar la ley fundamental que lo caracterice. Ya no hay motivo para que esquive la persecución; al contrario, está deseoso de llevar a cabo la parte principal de su misión y empieza a declararles claramente *«que convenía que fuese a Jerusalén y padeciese muchas cosas, que fuese desechado por los ancianos y príncipes de los sacerdotes y por los escribas y entregado a la muerte y que resucitase a los tres días.»*

Los caminos de Dios son distintos de los caminos de los hombres. Creería acaso Pedro que, en virtud de haber sido nombrado, como si dijéramos, el primer Ministro o consejero del reino que había fundado el Mesías tan plena y sinceramente reconocido por él, serían sus palabras, tal vez, el conjuro que ahuyentara los negros presentimientos del Maestro, pues, ¿cómo se había de fundar un reino, una institución de la que él era cabeza y que había de durar hasta el fin de los siglos, si el Maestro iba a morir en forma tan deshonrosa?

Reflexionaría concienzudamente y, convencido de su prudencia, llamándole aparte le diría, protector: *«Lejos de Ti esto, Señor, no te ocurrirá»*, y, ¡oh, sorpresa!, al que poco antes había constituido jefe de su reino, de su Iglesia, lo pone en evidencia delante de todos y le dice: *«¡Quítate de delante, Satanás! Me eres escándalo, no entiendes las cosas de Dios, sino la de los hombres»*, y volviéndose hacia el pueblo todo, exclama, resumiendo en un concepto toda su predicación, su vida y su Ley: *«El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo tome su cruz y sígame.»* Con esto seleccionaba su ejército: para seguirle había que ser cruzado.

Todos le escucharían atónitos. ¿Qué tenía que ver el reino de Dios con la cruz, aquel suplicio infame que ni siquiera admitían las leyes judías y exigía ser impuesto por extranjeros? ¡Bah!, quién sabe lo que querrá significar, se dirían. Lo mejor era no pensar en ello.

Así, entonces, por un motivo, como ahora por otro, queda velado a los sentidos el misterio doloroso y suavísimo que encierra la cruz. Sólo la gracia del Espíritu Santo puede hacer entender lo que Jesús hizo y dijo. Con su ayuda, aunque las ideas que evocamos no sean más que

PLURA UT UNUM

un reflejo muy pálido de la realidad, tratemos de continuar imaginando el trágico misterio de amor y dolor que tuvo lugar en la gloria de aquella mañana de abril, cuando, dispuesto a vencer al mundo para asegurar su reino, «escondióse la divinidad», y Jesús, hombre verdadero, dió la señal de combate y El, el primero, tomó literalmente la cruz.

La cruz del amor y por amor

¿Quiénes son los que rodean al Maestro radiantes de júbilo y exclamando ufanos: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre»? No muchos, ciertamente, comparados con los millares que habían oído su palabra. Apenas si llegaban a los setenta y dos.

Son los que cuando dijo que la cruz era condición indispensable para seguirle, claro que sintieron la rebeldía de la naturaleza ante el dolor, la repulsión ante la vergüenza y el orgullo ante la infamia, pero esto sucedió cuando ya habían prendido en su pecho centellas divinas; amaban al Maestro y querían ir con Él. ¿Que era preciso la cruz? Por el momento no aparecía como una posibilidad tan próxima; ya se vería en qué paraba. Entretanto se fiaban de Jesús y le entregaban su persona. Vagamente inconscientes, fuera de Él encontraban el vacío, y aunque algo desorientados por lo insólito de la condición requerida y voluntariamente semiolvidada, ante la alternativa de dejarlo, como tantos lo hacían, se formularían tácitamente la misma reflexión que Pedro manifestó en otra ocasión: «¿Adónde iremos, si sólo Él tiene palabras de vida?»

Penetrando sus corazones, aceptando esta sola muestra de buena voluntad, el Maestro los había mandado a las ciudades y villas de Israel, defendidos con el broquel de

su palabra y armados con la prerrogativa de su nombre, a dar la paz, la salud y anunciar que el reino de Dios estaba próximo. Pudieron «pisar sobre serpientes y escorpiones sin que nada les dañara, pudieron señorear a sus enemigos», y a su vuelta triunfante, al tenerlos Jesús de nuevo junto a sí, brilládoles el entusiasmo en los ojos, la fe en las palabras y el celo en la actuación, valora y exalta su triunfo: «Estaba yo viendo —les dice— a Satanás, que como un rayo caía del cielo», y para evitar que el orgullo les desvíe hacia la idolatría de la propia gloria, añade: «Mas no os regocijéis porque los espíritus os están sujetos»; esto solo no os puede reportar ningún provecho, pero «gozaos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos».

Tiene delante las primicias de su reino. Son pocos, son pobres, son débiles; pero allí está el fermento que levantará la masa, la semilla que henchirá el mundo. Porque le han amado y han querido seguirle, el Padre les dice secretos celestiales y les da tesoros de vida eterna; son la esperanza viva de sus futuras conquistas, y, *alborozado en el Espíritu Santo*, levanta los ojos al cielo y glorifica al Padre: «Te doy gracias —le dice— porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y las has descubierto a los pequeñuelos. No perderé ninguno de los que tú me diste.»

Habían confiado en Él y Él se confiaría a ellos. Ea, les diría, animaos, puesto que «se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra»; «venid a Mí los que estáis cargados y Yo os aliviaré». «¿Veis mi cruz, que es la más pesada y que junta todos los dolores, todas las infamias, todas las injusticias y todas las lágrimas, porque es el pecado que carga sobre Mí? Pues os revelaré el secreto que la hace suave y ligera. LA LLEVO CON AMOR, ES LA CRUZ DEL AMOR. Los que queréis venir conmigo, no os inquietéis, aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo de vuestras almas», «amaos los unos a los



otros como *Yo os amo*», pero tened presente que no hay más amor verdadero que el que brota de mi corazón y en Él se apoya. En seguida conoceréis que «no hay nada más dulce ni más alegre, porque el amor no siente la carga ni hace caso de los trabajos; fatigado, no se fatiga; cansado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta; cree que todo lo puede; es diligente, sincero, alegre, deleitable, fuerte, sufrido, fiel, prudente, magnánimo y nunca se busca a sí mismo» (1). A los que sois mis amigos, a los que venis conmigo, ved que os ofrezco el más ventajoso trueque. Si no podéis soportar vuestra cruz, cambiadla por la mía, suavizada por el amor de mi corazón y tendréis paz en este mundo y asegurada la vida eterna».

¿Por qué teméis tomar la Cruz por la cual se va al Reino?

Ahora, ante el inminente choque de dos civilizaciones materiales que llevan en sí el germen de la ruina y la destrucción, como única esperanza verdadera, fundada y cierta, surge de nuevo, y más destacada que nunca, a través de la voz de la Iglesia, la figura de Jesucristo repitiendo la llamada a los cruzados con igual claridad y valentía que hace casi dos mil años y sin desvirtuarla ni un ápice: «*El que quiera venir en pos de Mí, niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame.*»

Jesús es siempre el mismo. La realidad constante de la Cruz es abnegación y sacrificio, y este significado, traducido a la realidad de hoy, lo mismo puede ser el sacrificio obscuro de una vida escondida que eleve al plano sobrenatural todas las acciones vulgares y corrientes, dándoles valor de oración, como el garrote vil, la silla eléctrica, las cámaras de tortura, el destierro, los campos de concentración; la checa, con sus refinados tormentos científicos y sus torturas morales; los contrastes del máximo dolor al máximo placer, que desmoralizan y destrozan los

nervios; los interrogatorios agoladores; las drogas que anulan la voluntad y desequilibran la inteligencia, y la mentira de los procesos que dan forma legal al crimen de condenar a un inocente, escondiendo la turbia razón de estado o una venganza particular bajo la apariencia de celo nacional o religioso.

El efecto que ahora nos hace esto es el que en tiempo de Jesucristo hacía la cruz. Era lo más doloroso, lo más bajo y lo más vil. Pero ahora, como entonces, para seguirle es preciso aceptarla. Su ejército no tiene más que cruzados y es el único que puede tenerlos legítimamente. Son mentira todas las cruzadas, por filantrópicas que sean, que no lleven la verdadera cruz. Y porque ahora se ha enfriado la caridad, porque quizá estamos más debilitados que nunca, nos ha mostrado clara y literalmente la cruz en su Corazón. Agota, por decirlo así, las maneras amables de presentársenos. ¿A quién no enamora hasta la enajenación aquel rey que, teniendo voluntad de conquistar todo el mundo, quiere comer, beber, vestir y velar con sus soldados, para darles parte de su gloria? ¿Hay manera más amable de convidar con su misma cruz?

Por otra parte, dice el Kempis, «dispón y ordena todas las cosas según tu querer y parecer y verás que siempre has de padecer algo, de grado o por fuerza, así es que siempre hallarás cruz». Y la experiencia de cada día y de cada momento nos demuestra la evidencia de esta verdad. ¿Por qué, entonces, no convertir en ganancia lo que puede no ser más que un sufrimiento estéril sin dejar de ser efectivo? ¿Por qué no aceptar la cruz que nos brinda el Corazón de Jesús, que triunfará a pesar de sus enemigos y levantará su reino sobre las ruinas del imperio de Satanás, imperio que bien puede estar representado en todas partes donde se perfeccionan los medios de destrucción y ruina con diabólica rapidez? Si ahora, también como entonces, repite Cristo su llamada amorosa: «*Venid a Mí los que estáis cargados y Yo os aliviaré*», y como entonces asegura que *su yugo es suave y su carga ligera*, ¿por qué temer su Cruz, por la cual se va al reino?

María Asunción López

(1) Kempis.

Vayamos a este Divino Corazón, tierno y humilde, refugio de todos los que buscan consuelo en sus fatigas y bajo el peso de sus trabajos; es el Corazón de Aquel que para toda palabra pronunciada con pureza y sinceridad y con Su Espíritu en favor de los que sufren, de los que están afligidos, abandonados por el mundo y desheredados de todos los bienes, ha prometido la recompensa de la bienaventura eterna: «*Venid benditos de mi Padre. Lo que hubiéreis hecho por el último de mis pequeñuelos, por mí lo habréis hecho.*»

PIO XII

ESPIRITU BURGUES Y ESPIRITU DE CRUZADA

La persona espiritualización y sobrenaturalización

Nicolás Berdiaeff, espíritu penetrante (1), escribe (2):
«Sólo el Cristianismo salva a la persona de una ruina inminente y sólo recurriendo a él puede darse la fusión interior de las personas humanas en una comunidad que perfecciona a la persona en vez de destruirla. El cristianismo encuentra la solución del conflicto de la persona y de la sociedad, fuente de una crisis temible, en el seno de una realidad suprapersonal y suprasocial: la Humanidad divina, el Cuerpo de Cristo.»

Hasta con parecidas expresiones encontramos esta afirmación en las enseñanzas de los Papas y en el tesoro perenne de la Iglesia. Claro que a Berdiaeff le sobra, o le falta, precisamente eso: la Iglesia, y con ella algunas otras cosas.

Lo cual nos incita a traer aquí, escogido casi al azar, no para recordar el pasado, sino para vigorizar el presente, lo que en estas mismas columnas se decía hace ya algún tiempo. ¡Hasta tal punto hay cosas eternamente actuales!

«Mas para esto (se está hablando de la paz) es necesaria la VIRTUD DE CRISTO, lo cual nos lleva a hablar del alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo. Este es su elemento constitutivo esencial, el que la distingue en absoluto de toda otra sociedad humana y sin el cual la Iglesia sería una sociedad espiritual y aun religiosa, pero en modo alguno una sociedad sobrenatural, es decir, participante de la vida divina.

»Al subir nuestro Redentor a los Cielos, dejó fundado el cuerpo de la Iglesia, pero faltaba a éste el alma, esto es, el Espíritu Santo, que uniera sobrenaturalmente este cuerpo con su cabeza divina, que es Cristo.

»Y el día de Pentecostés, Jesucristo, que tiene el Espíritu Santo por derecho propio, le dió a la Iglesia, no sólo los dones, sino la misma Persona del Divino Espíritu. (...)

»Y como la paz no puede venir sino de la Caridad, y el Espíritu Santo es la Caridad, la Iglesia y sólo Ella tiene poder y misión de dar la paz, pues quien da la causa da también el efecto» (3).

Espíritu Santo, Corazón de Jesús, Caridad, Paz. ¿No apreciaremos la íntima y profunda conexión de estas expresiones?

Realidades demasiado «etéreas», dirá algún espíritu burlón de nuestro siglo. Y, sin embargo, este mismo siglo nuestro más que ninguno, sabe hasta qué punto muchas sonrisas han quedado heladas entre los labios.

Cuando menos por asistir a esta tremenda experiencia, el mundo hoy se halla abocado a la desesperación o bien a la entrega total. Cabalmente, ahí está el «quid». Nunca como ahora se ha visto el espectáculo grandioso y al mismo tiempo trágico de la rendición sin condiciones. De eso se traña, solamente que en esta otra sublime «humillación» no tienen sentido un *vae victis!*

He aquí la actualidad de la Persona de Cristo, de su Corazón divino, del Espíritu Santo, de la Iglesia, de la Caridad. Aquí radica el objetivo salvador; pero para llegar a él no hay más remedio: hay que prescindir de la astuta negociación y de cualquier recelo suspicaz.

Por eso la salvación se ha de realizar a través de lo más generoso, de lo más noble, de lo más divino que

hay entre nosotros: a través de la persona. De nuestra persona y de la de Cristo. Y por el único medio por el que la persona humana puede encontrarse habitando en la divina: por el amor. Pues por el amor, la Persona divina habitó entre los hombres.

Y esto, como también lo ha visto certeramente Berdiaeff, gracias a una espiritualización radical del hombre actual, estrellado siempre, por el espíritu burgués en el que está inmerso, contra esa barrera que, aun siendo invisible, le oculta el reino de los cielos.

Ahora bien, ¿no convendría venir a parar al sentido de esa frase «espiritualización radical»? Una espiritualización verdaderamente radical, ¿no será lo que la Iglesia llama estar poseído del Espíritu Santo? ¿Y estar poseído por el Espíritu Santo, no será poseer el espíritu de Caridad? ¿Y a qué amor se referirá la caridad sino al de Cristo, o lo que es lo mismo, al de su Corazón divino?

Espiritualización radical, sí; pero volvemos a preguntar: ¿qué puede querer decir esto? Porque hay aquí el peligro de caer en la más amarga desilusión. Como en esos casos en que la lucidez momentánea de un enajenado nos hace concebir esperanzas halagüeñas, que se esfuman cuando asistimos en seguida a una más dolorosa recaída en el abismo de la locura, extinguido el tenue chisporroteo de su mente; de modo similar, aquella espiritualización puede ser una chispa brillante en la obscuridad. Pero eso precisamente acaba en nada cuando no es sobrenatural.

El imperativo de la hora presente se formulará siempre sobre este supuesto: «Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso al Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta, la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad» (4).

Persona y amor

Mas, por otra parte, nunca como hoy el espíritu burgués, lo más disparatado que pueda darse frente a esa espiritualización radical, ha embebido a la sociedad hasta penetrarla por sus más íntimos y recónditos estratos, aflorando luego hasta confesarse abiertamente como tal, no ya sólo en Occidente, pero incluso, como insiste Berdiaeff, en aquellos países donde el calificativo de burgués acompaña como latiguillo usual y oficial a todo lo despreciable.

De aquí que estén hoy planteados los términos de la cuestión con extraordinaria crudeza. Lo decíamos antes: es necesaria una entrega total e incondicionada. Ha sido siempre el remedio heroico en las grandes calamidades. Y si en estos casos los hombres lo exigen de los otros hombres, ¿nos vamos a asombrar de que lo exija Dios?

En las antípodas de este ofrecimiento humano y personal, correlativo a la sublime entrega divina, se halla situado lo más hondo e inaccesible del espíritu burgués. Porque seguramente lo que se pide es lo último que el hombre burgués está dispuesto a conceder: su persona.

Lo demás puede estar, en el mejor de los casos, concedido; pero, ¿y esto?, ¿puede renunciar a esto? Y, sin embargo, hay que abrir el alma de par en par. Podemos, ante el médico, engañarnos a nosotros mismos hasta el último trance del dolor, pero en este terrible momento, ¿qué importa nada?

En el caso que aquí se debate todo resulta más grave, porque se trata de ofrendar la confortabilidad de la vida

(1) Vid. en CRISTIANDAD, n.º 29 el artículo «Corazón de Jesús, en donde están todos los tesoros de la Sabiduría y de la Ciencia», por el P. Orlandis, S. I.

(2) Nicolás Berdiaeff, «De l'esprit bourgeois», Edit. Delachaux et Niestlé, S. A., 1949, Neuchâtel y París, pág. 86.

(3) Vid. en CRISTIANDAD, n.º 54 y en el folleto «Hacia el cuarto Año Jubilar», el artículo «Ideal de una futura Cristiandad», por Pedro Basil.

(4) Vid. en CRISTIANDAD, n.º 39, y en el folleto «Hacia el cuarto Año Jubilar», el artículo «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», por el P. Orlandis, S. I.

o de una cómoda muerte. De nuestra vida, sí, porque aunque sólo sea el calor del propio vivir, y hasta del morir, incluso eso puede resultar de un egoísmo confortable.

Calibrar la capacidad de esta entrega es ponderar el peso del amor de la persona, y al mismo tiempo su posibilidad de salvación.

Efectivamente, siendo las dos vertientes ontológicas fundamentales de la persona el conocimiento y el amor, en orden a la realización de la persona como persona el amor asume el principal de los papeles. Por ser el fundamento de la persona, su piedra angular, delatará el espíritu que la vivifica.

Por aquí podríamos llegar a penetrar en la «situación espiritual de nuestro tiempo». Decididamente echará a andar Max Scheler, por ejemplo, a través de esta senda cuando empieza planteando la cuestión desde una perspectiva similar (5):

«Quien no se atenga a la homonimia de las palabras —dice—, sino a su significación y atmósfera espiritual, respirará en seguida el aire de un mundo muy distinto, al pasar del «amor cristiano» a la «filantropía universal». En primer término, la filantropía moderna es un concepto polémico, de protesta, en todos sentidos: protesta contra el amor de Dios y, por consiguiente, también contra esa unidad y armonía cristianas entre el amor de Dios, el amor a sí mismo y el amor al prójimo, que expresa el «primer mandamiento» del Evangelio.»

Identifica Scheler lo que él llama aquí filantropía moderna, con esa otra expresión *espíritu burgués* o burguesía, y lo considera acertadamente como signo característico de la época actual.

Entiéndese habitualmente por burguesía una clase social que, orientada hacia los valores de utilidad, parece caracterizarse por la posesión y acumulación del capital.

En realidad, no nos interesa esto ahora tanto como calar en el espíritu, en la «psicología» diríamos con una expresión de moda, del burgués; que existió siempre, pero que no se concretó en «clase» hasta los tiempos modernos, emergiendo entonces a la superficie e inundando el cuerpo social hasta lograr una absoluta preponderancia. Espíritu tanto más amplio cuanto que ha desbordado el mismo cauce del grupo llamado burgués, para enraizarse en los componentes de su mortal enemigo.

«Rusia —dice Berdiaeff— presenta, en el comunismo, este nuevo tipo de burgués conquistador, de una espantosa impiedad. Se trata aquí del espíritu burgués en toda su pureza, ilimitado y sin desfallecimientos. El recién llegado profesa una religión del poder y de la felicidad terrestres» (6).

El espíritu burgués (7)

Liberalismo, técnica, positivismo, burguesía, son realidades sociales que se entrecruzan alimentándose históricamente entre sí. Ya hemos señalado en otra ocasión (8) en qué medida el positivismo, la técnica y el liberalismo han conducido en nuestro tiempo a una atomización de la persona y a un temible atolladero social.

Pues bien, la burguesía ha acompañado a estos fenómenos característicos del siglo pasado y del presente. En los siglos XIX y XX —dice Berdiaeff— el burgués ha podido realizar su tipo de vida (9).

»La burguesía —nos ha aclarado unos momentos antes (10)— es un estado y una orientación del espíritu, una

manera peculiar de entender la vida. No es algo de orden social o económico y es más que una categoría psicológica y ética: es una categoría espiritual, ontológica.

»El burgués difiere del no burgués por el fondo mismo de su ser o de su no ser. Es un tipo de hombre con un espíritu particular, y singularmente desprovisto de alma.»

Quizá uno de sus rasgos más profundamente significativos y característicos consista en que en él «la voluntad de santidad y de genio se ha extinguido y la sed de dominar, el deseo de una existencia confortable, se antepone a todo» (11).

Fijémonos, aunque sea por un momento, en esta palabra: *confortable*. Nada delata al burgués como esta valoración desmedida del *confort*. Le atenaza de tal modo la voluntad, que le conduce a habitar en un clima de serena justificación personal ante los más angustiosos estremecimientos que por azar pueda sufrir su conciencia, y frente a todo problema que pueda plantearle la posición así sin más de su propia existencia.

¡Dios no pide tanto!

En frase feliz y profunda lo expresa León Bloy (12): *Dios no pide precisamente tanto*, he aquí lo que el burgués se dice a sí mismo.

Scheler, a quien el tema despierta otras resonancias y sugerencias, pero paralelas sin duda, dirá que se trata de la ancestral consolación de la fábula: «las uvas están verdes» (13).

Dios no nos pide tanto, es la reconfortante reflexión tras de una ofrenda mezquina, pero, sobre todo, la honorable justificación ante la presencia de los auténticamente justos.

Con todo, queda el alma del burgués desasosegada por un pensamiento inquietante. Pero el «confort» vuelve a enseñorearse de su persona. Es cuando se produce en su espíritu una típica inversión de valores. Scheler, acertadamente, ahondará por este lado en el resentimiento de la moral burguesa. Berdiaeff, por su parte, si no insiste en este punto, señala, sin embargo, ese susurro tranquilizador del burgués al oído de su propia conciencia, pero apuntando a «los otros»:

«Vaya, que os conozco, sois como soy yo, mas no queréis confesarlo; hacéis comedia, os engañáis a vosotros mismos. Vivís enteramente de los bienes de este mundo y permanecéis abrumados.» Se cree entonces superior a los demás por haber caído en la cuenta de ello y por haber tenido el valor de confesarlo» (14).

En este sentido, el burgués está siempre dispuesto a la excusa y a la comprensión bonachona. ¡Quién no ha podido observarlo! Oigamos cómo nos lo cuenta Scheler (15):

«Después de todo, es hombre», «Todos somos hombres», «Errar es humano», etc. Quien ni es ni tiene nada, siempre es «un hombre», para la tendencia sentimental de estas expresiones, características de la filantropía moderna. Esta dirección de la filantropía hacia lo genérico, la orienta esencialmente hacia lo inferior, lo que necesita ser «comprendido» y «disculpado». Pero, ¿quién no verá aquí el odio secreto contra los valores positivos superiores que por su misma esencia no están ligados a lo «genérico»?...»

Dios no nos pide tanto. ¿Seremos, por consiguiente, más papistas que el Papa? No; será mejor, pongamos por caso, esconder la tesis tras la cortina de humo de la hipótesis hasta hacer desaparecer a ésta del horizonte de las preocupaciones que pueden quitarnos el sosiego.

(5) Max Scheler, «El resentimiento en la moral», 1927. Trad. Revista de Occidente, pág. 138.

(6) Berdiaeff, obra citada, pág. 50.

(7) El tema es candente; se han ocupado de él muchos autores; entre ellos los ya citados Scheler y Berdiaeff, que han sido considerados como la expresión genuina del pensamiento europeo contemporáneo. Su análisis es hondo, y de una actualidad palpitable. Refleja bastante exactamente la situación de la sociedad contemporánea.

(8) Vid. CRISTIANDAD, n.º 95, el artículo «Esquemas» para una educación integral de la persona».

(9) Berdiaeff, obra citada, pág. 42.

(10) Ibid pag. 41. Vid. también págs. 52 y 57.

(11) Ibid pág. 41.

(12) Citado por Berdiaeff, en la mencionada obra, pág. 43.

(13) Max Scheler, obra citada, pág. 180 (Nota).

(14) Berdiaeff, obra citada, pág. 47.

(15) Scheler, obra citada, pág. 154.

Pero, ¿cómo justificar el *Dios no me pide tanto* cuando San Ignacio plantea al ejercitante el angustioso problema de los tres binarios?

No se trata ya del burgués como se acostumbra a entender corrientemente. El espíritu burgués no depende de una situación económica floreciente del individuo o de la sociedad, advirtámoslo bien, porque a veces se encuentra enraizado —¡y cuán fuertemente enraizado, por cierto!— en quien no tiene más patrimonio que su propia persona, alimentada, sin embargo, por una pertinaz «vocación de millonarios».

«El rico —escribe Berdiaeff—, espiritualmente prendido de su riqueza y acaparando las demás, esclavizado por el «mundo», es un burgués... Pero el pobre, celoso de sus riquezas, que desea ocupar su lugar, es tanto más burgués... Espectáculo grotesco el de los dos burgueses, arrebatados el uno por el otro, creyendo defender cada cual un mundo original, diferente del adversario, mientras que en realidad siempre se trata del mismo mundo y del mismo principio sempiterno» (16).

Ahora bien, ¿cuál es, en definitiva, ese mismo mundo y ese mismo principio sempiterno? En cualquier caso va acompañado del espíritu positivista, de la incapacidad para todo aquello que supere los datos de los sentidos, de un volar rastrero, si se nos permite la metáfora, no más allá de los bajos fondos del corral.

«La raíz espiritual de la burguesía es la creencia tenaz en este mundo visible y la incredulidad frente al invisible» (17).

«Jamás ha querido reconocer a un Santo hasta después de su canonización» (18).

La pérdida del sentido del pecado

Finalmente, señalaremos, con Berdiaeff, otra profunda faceta del espíritu burgués. Algo íntimamente ligado a las características señaladas más arriba.

«Habiendo perdido el sentido de culpabilidad, del pecado, el burgués orienta su voluntad hacia ilusorias realizaciones y se deja esclavizar por el «mundo». Lo que le mueve es obtener el poder y el bienestar, sin aceptar el Gólgota. El espíritu burgués no es otra cosa que la negación de Cristo, es su crucifixión, y los que le confiesan con la boca son, muchas veces, los mismos que le crucifican» (19).

Poca cosa se puede añadir a esta tremenda acusación. Claro que citamos a Berdiaeff porque así nos lo hemos propuesto desde el principio. La misma acusación, respondiendo a la misma idea, la hacia el Papa actual hace algunos años (20):

«Es posible que el mayor pecado en el mundo hoy día sea el de que los hombres han empezado a perder el *sentido del pecado*.»

De la realidad de este aserto, de su desgraciada realidad, nos ilustra a cada instante la lectura de los periódicos, de las revistas, y sobre todo el contacto con el mundo de la calle: en cualquier orden de cosas, las mayores atrocidades se cometen, se piensan y se dicen con una sencillez que, en ocasiones, incluso —¿no es asombroso?— pasará por «encantadora». Eso mismo indica que hoy no tiene sentido el pecado.

«Este sentido —continúa Pío XII— no puede ser arrancado del corazón humano: este sentir se despierta con la idea de que el Dios-hombre, muriendo en la Cruz del Gólgota, pagó la pena del pecado» (21).

(16) Berdiaeff, obra citada, pág. 52.

(17) Loc. cit. pág. 47.

(18) Loc. cit., pág. 48.

(19) Loc. cit., pág. 54.

(20) Mensaje de Pío XII al Congreso catequístico de Boston; 26 de octubre de 1946.

(21) Mensaje de Pío XII, citado ya.

Compasión por Cristo

Volvemos de nuevo a lo que decíamos al principio. Así nos situaremos en el sentido de esta profunda y rápida visión del Papa:

«Conocer a Jesús crucificado es conocer el horror de Dios a todo pecado. La culpabilidad sólo podía ser lavada con la sangre preciosa de Jesucristo, el Único Hijo de Dios hecho hombre... ¿Qué puede impedir que las hordas de los enemigos de Dios, con su orgullo, su egoísmo, su sensualidad y sus ambiciones se apoderen del hombre? ¿Será suficiente contra esto la legislación humana? ¿Acaso los contratos o tratados?» (22).

No, no serán suficientes los contratos humanos. ¿Se hará nadie ya ilusiones a este respecto?

Se requiere una espiritualización, una espiritualización que lleve a la persona a serlo de un modo absoluto y total, es decir, que la conduzca a una regeneración, a una recuperación, a una sublimación de sí misma. Para ello resulta indispensable que la persona vuelva a encontrar la vía del gran conocimiento y del gran amor, y este camino y este término no es otro que la Persona misma de Dios hecho hombre.

Cuando el hombre tenga *compasión* de Cristo, cuando su Cruz cargue sobre los hombros humanos, cuando su Vida sea también la nuestra, sólo entonces, por el amor, habráse llegado a una radical espiritualización; sólo entonces, por esa relación personal con el Salvador, se consumará la salvación. Repitámoslo nuevamente: las teorías no salvan, pero sí las personas, en este caso —el asunto decisivo— la Persona de Cristo Redentor.

Nuestro tiempo se sitúa en un punto diametralmente opuesto. En este sentido, la apreciación de Scheler fluye por cauces más profundos que la de Berdiaeff, porque apunta más directamente al amor. Véanse, si no, sus palabras: «No el acto personal de amor del hombre al hombre, sino, en primer término, la *institución* impersonal, la institución benéfica, es lo que se exige y estima» (23).

Es otro rasgo del espíritu burgués: «En lugar de la «misericordia» cristiana (advíertase la fuerza y el aliento de esta voz nada moderna), aparece el «¡Me da lástima!» (24).

En definitiva, el espíritu burgués manifiesta en sus entrañas el resentimiento de una protesta. «La «humanidad» —seguirá Scheler— no es el objeto inmediato de ese amor, sino que es meramente un pretexto *esgrimido* contra el objeto odiado. Esta filantropía es, en primer lugar, la expresión de una reprimida repulsa frente a Dios. Es la manifestación de un odio reprimido contra Dios... Lo primero, en la filantropía, es la actitud contra la idea del Sumo Dueño, la imposibilidad de soportar el «ojo que todo lo ve», los impulsos de rebeldía contra «Dios», como unidad simbólica y compendio de todos los valores positivos, y su justificado señorío... Dondequiera que tropiezo en la Historia con testimonios de este sentimiento, hallo ese secreto gozo de poder acumular cargos contra el gobierno divino.»

Así queda marcado el carácter general de los movimientos sociales y espirituales de nuestra época. Siempre es una tendencia hacia lo impersonal. Por ejemplo, en las relaciones de los obreros con el patrono, y en la curiosa y significativa reacción de aquéllos frente a lo que viene llamándose «participación en los beneficios». *Precisamente se huye de toda relación personal*, cuando justamente en ella radicaría también toda posibilidad de acuerdo y de viabilidad en la solución de la cuestión social (25).

(Termina en la pág. 290)

(22) Ibid.

(23) Scheler, obra citada, pág. 149.

(24) Scheler, *ibid.*, pág. 150.

(25) No pretendemos quitar importancia al problema que en el seno de la cuestión social se debate. Las dificultades que el progreso de la industria ha planteado a esta solución son graves y en este momento no tiene sentido ni siquiera esbozarlas.



Pom. Batoni pinxit Romae.

Infunde amorem cordibus.

Ang. Ferri del. d. sc. Boni.

Si alguna vez llegaran los ánimos de los hombres a percibir la dulzura de este amor y descansaran en ella, brillaría entonces sin duda alguna para todo el género humano, que tanto sufre, la aurora de la paz.

Homilia de S. S. Pio XII, en el día de Pascua, 9 Abril 1939

EL CORAZON, LO MAS INTIMO DE LA PERSONA

ME invitan a hablar sobre el corazón; de alguna manera, a definirlo. No sería sino tomar una dirección parcial —y en última instancia, poco profunda— hacerlo en términos de *afectividad*. «Affici», «estar afectado por algo», es, en el límite, estar abierto a todos los vientos, bailar al son de una música que otro toca. Si el corazón es «el núcleo ontológico de la persona», ha de ser, al contrario, el principio *estabilizador* de su vida, lo que dé a su vida *consistencia*.

Si es cierto este punto de vista, la antítesis primaria será la que opone al corazón, no la razón o pensamiento, sino *lo epidérmico o epifenoménico*.

La oposición primordial, en efecto, no se da entre «pensamiento-sentimiento». Esta no es una oposición contradictoria, es decir, en que un término excluye al otro, sino complementaria; no es, por consiguiente, la oposición *primitiva*. Una oposición primitiva se ha de dar entre términos incompatibles. En este sentido, lo epifenoménico se opone al corazón.

Por epifenoménico entiendo aquí todo aquello que se da en nuestra conciencia, pero cuyo modo de darse es «resbalar» sobre ella; lo que se da en nuestra conciencia, pero que no es «nosotros» o no hace mella en nosotros.

Lo epifenoménico, por consiguiente, no es vital; el corazón, en cambio, no sólo es vital, sino que es el principio de la vida. Lo epifenoménico es el mimetismo de la vida, aquello que uno «cree» su vida, o *quiere crearlo*. Es, por lo mismo, la tentación fundamental, la *tentación contra la profundidad*.

El hombre se embaraza fácilmente (y a menudo voluntariamente) en una red de pensamientos y sentimientos no vitales, buscando, justamente, *evadirse* de la vida. Mas quien tal hace, renuncia a tener corazón.

El «corazón» es el órgano de la *realidad*. No es, pues, cierto, sin más, que el corazón sea «sentimiento»; porque no es cierto que lo más real de cada uno, lo más propio de cada uno sea, sin más, el sentimiento. El «anti-racionalismo» que lo afirma debe ser rechazado. Porque si hay un pensamiento epifenoménico, hay también un sentimiento epifenoménico; en uno y otro caso, ya por *comienzo*, ya por *mutilación*. Volveremos sobre esto más adelante.

El corazón, decíamos, es el órgano de la realidad. Es el punto por el cual un ser como el hombre (capaz de entregarse, por otra parte, al juego o coqueteo epifenoménicos) está arraigado, al contrario, en lo real; es, por consiguiente, aquello que cada uno verdaderamente es. Por esto el corazón es principio de vida. En él radican tanto el pensamiento como el sentimiento, cuando son vitales y «reales».

El corazón, por ser principio de vida, es también principio de *sufrimiento*. Es una exigencia de tomar las cosas a pecho, de tomarlas *en serio*; el corazón es principio de

una vida seria. Muere en la apariencia ficticia de lo epifenoménico. Por huir del sufrimiento, el hombre se evade al mundo de lo epifenoménico, y encuentra allí la muerte de su corazón.

La juventud se complace, por inexperiencia, en lo epifenoménico, que aparece cuando se produce, para el hombre, la *epifanía de lo universal*: cuando se da por primera vez, en una conciencia no formada —pura capacidad sin designio—, el espectáculo del Universo. El trabajo de formación consistirá, ante todo, en dar a nuestro apetito de universal un objeto digno: no el desdibujamiento de lo vago, sino la rotunda concreción de un Fin. La formación de la propia personalidad ha de ser su inserción en una órbita de intereses verdaderamente universales. Sólo lo universal es digno de la persona, ya que ésta se define, justamente, por su afinidad con lo universal.

Hay un gusto, no inocente, sino perverso, por lo epifenoménico. En el orden del pensamiento, es el gusto por el *sofisma*. En el del sentimiento, la teatralidad o *espectacularidad*. Uno y otro son propios del hombre que se preocupa, no por la virtud, sino por la exhibición. Son una falta de pudor que se opone a lo más noble de la persona: a aquel aspecto de su corazón que es la capacidad de *intimidación*.

Lo epifenoménico es lo «abstracto». Llamo abstracto, en este momento, no a lo *universal*, sino a lo «impersonal»; a lo que está desvinculado, no tanto de la singularidad del objeto cuanto de la singularidad del sujeto; a un pensamiento no pensado, o a un sentimiento no sentido.

El pensamiento abstracto es la muerte del pensamiento. Es el vacío mental, bajo la apariencia de un contenido. El pensamiento abstracto es un pensamiento *sin seriedad*, ya que el que lo enuncia no se compromete en él. Es aquel «no ser» cuyo lugar propio es la cabeza del sofista.

El sentimiento abstracto es la muerte del sentimiento. Hemos visto hasta qué punto es compatible cierto florilegio y sensiblería con la crueldad y el egoísmo más feroces. El mito de Orfeo, ablandando las fieras con la música, no puede tomarse en cuenta.

Si no hay pertinacia, con todo, es posible que el vacío del sofisma y de la teatralidad se hagan sentir en el alma: también el corazón, en efecto, siente horror al vacío. La voz de alarma será, si se quiere, la angustia. *Esta llamada ha de ser atendida*: porque ya no podrá considerarse inculpable el endurecimiento que de lo contrario se siga.

Sólo la persona es capaz de lo epifenoménico, por lo mismo que sólo ella es capaz de tener corazón. Lo uno, en efecto, es el ser; lo otro, el «no ser» de la persona.

Lo epifenoménico sólo puede darse en la persona porque tan sólo ella es capaz de universalidad; y lo epifenoménico es el mimetismo de lo universal. Por esto piensan algunos que la razón es epifenoménica. La oponen, enton-

ces, falsamente, al corazón, y no observan que también la razón puede ser vital y profunda. No saben lo que quiere decir una persona de *convicciones*.

Si hay una facultad de lo epifenoménico, ésta sería, más bien, la imaginación, cuando quiere usurpar el lugar directivo en nuestra vida.

La función específica de la imaginación en el hombre sano es la de proponer lo individual como iterable —la facultad, quiero decir, de elaborar *ejemplos*—. Mas cuando la imaginación abandona esta función propia suya para hacerse, contra su naturaleza, «universalizante», arrastra nuestra vida en pos de utopías, de vaguedades, de sueños sin sentido. La imaginación *no debe* usurpar a la razón el lugar directivo en nuestra vida, de lo contrario nos hace caer en lo epifenoménico, en un infantilismo monstruoso.

La razón nos vincula a la vida, mejor dicho, a la *esencia de lo vital*, cuando la imaginación establece un puente entre ella y el transitorio fluir de las impresiones inmediatas. Una imaginación, en cambio, desvinculada de lo concreto y no sometida a la razón —una imaginación «universalizante», «generalizadora», que pretenda absorber toda la vida del hombre—, es la muerte del corazón y nos instala en lo epifenoménico. El hombre huye, en este caso, de la vida y de la realidad; renuncia a tener una *personalidad* y queda abandonado al embate de las circunstancias.

El hombre moderno está instalado en lo epifenoménico. Este clima no es espontáneo, sino cultivado; la Revolución está interesada, en efecto, en él, como una condición imprescindible de su progreso.

La Revolución necesita hombres sin convicciones ni sentimientos profundos, hombres sin espíritu de sacrificio, hombres, en una palabra, sin corazón. Por esto fomenta unas condiciones de vida en que el hombre no piense

ni sienta nunca en serio, en que no se enfrente nunca con las grandes cuestiones fundamentales.

Una vida *real*, implantada en Dios, definida en función de la inmortalidad futura, del premio o el castigo de ultratumba, de la solidaridad entre los hombres por la justicia y la caridad, del rescate de sangre pagado por Jesucristo por nosotros, ha sido arrinconada y substituida por una vida ficticia, en que el hombre busca el consuelo en la diversión, en la distracción; en la cual, por consiguiente, el hombre siempre está cazado por sorpresa por las grandes realidades, que pasan a ser un accidente más sin mayor importancia.

La Revolución fomenta entre los hombres una vida sin hondura, una vida irresponsable, sin auténtico sufrimiento y, por lo mismo, sin auténtico consuelo; porque sabe que hombres así serán esclavos suyos sin resistencia.

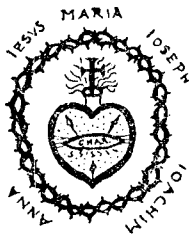
El corazón es el principio del heroísmo, porque está enraizado en el ser. La Revolución, en cambio, no quiere héroes, sino fanáticos. Su oposición al catolicismo —que ha hecho centro, hoy en día, de su culto a un Corazón de carne— es una oposición temática, que no puede ser superada.

Esta oposición lleva consigo una lucha que ha llegado hoy a una etapa decisiva. El carácter extraordinariamente violento de la misma se debe a que ella es, fundamentalmente, una lucha interior; el hombre se debate en ella por tener —o no tener— corazón. La apuesta que se juega en ella no puede ser más decisiva.

La evasión al campo de lo epifenoménico es una solución falsa; es, más todavía, una rendición sin condiciones. La Iglesia no quiere esto de nosotros. El culto a un Corazón que nos propone hoy en día como devoción o «entrega» salvadora es una explícita protesta contra ello.

Hay que insistir en este tema.

Jaime Bofill



LA CRUZ, LA EUCARISTIA Y EL SAGRADO CORAZON

OPTIMISMO DE LA IGLESIA

El alborear del siglo xx aparece muy triste. «Fremuerunt gentes»: las naciones se agitan como hombres ebrios, rugen de rabia contra Dios y su Cristo, juran arrancar su amor del corazón de los hombres y su nombre de la Historia, aunque sea menester convertir el mundo moderno en pasto de las pasiones desencadenadas, como un navío sin piloto, a la ventura de las tempestades. Estas son las albricias con que ha sido saludado por los pueblos el siglo xx.

Y he aquí el siglo al cual un Papa acaba de juzgar diciendo: «Tú serás el siglo del Sagrado Corazón.»

¿Es posible? ¿Es el oráculo de Dios que ha hallado eco en los labios del Papa o bien la ilusión estéril de un anciano?

Es el oráculo de Dios, hermanos míos. ¡Oh! Sin duda que el Papa no ha pensado en hacer una profecía; ha expresado un deseo y una esperanza; pero Dios, que ha inspirado este deseo, ratificará la esperanza. «*Venient et adorabunt.*» Vendrán los pueblos y le adorarán. Se volverán hacia el Corazón de Jesús, después de sus prevaricaciones, como la tierra, una vez pasada la noche, se vuelve hacia el sol para encontrar la luz y la vida; como el enfermo, después de su delirio, se vuelve hacia el médico para ser curado. Y si no es posible que los pueblos modernos se vuelvan hacia Cristo, tanto mejor, porque es una nueva prueba de que, al fin, así se hará.

Es un placer para los médicos ilustres curar los casos calificados de incurables; es el ensueño de todo buen artista emprender lo difícil y vencerlo; y Dios, el gran artífice, para quien lo difícil es nada, se complace en lo imposible. Este es su sello; éste es el carácter incommunicable con que señala todas sus obras.

Para despertar al viejo mundo pagano, adormecido en la embriaguez de sus vicios, ¿creéis que se armará de su trueno? ¿Para hacer brillar la luz en el seno de las tinieblas, para hacer que resplandezcan de nuevo sobre la tierra las verdades del cielo, suscitará un hombre, hijo de un pueblo poderoso, lo levantará, para que sea mejor visto, sobre una cátedra ilustre o sobre un trono, o circundará su frente con la aureola del genio y de la gloria? No; se vale del carpintero de Nazaret. Para conquistar el mundo, toma a Cristo, el gran vencido, el gran humillado; y cuando le contempla en el Calvario, le dice: «*Venient et adorabunt eum.*» Vendrán los pueblos, los siglos, todos, «*omnes gentes quascumque fecisti.*» «Vendrán y te adorarán.» Tú serás rey, tú eres Dios, tú te sentarás a mi diestra, «*a dextris meis*», y tus enemigos serán el escabel de tus pies y las naciones de la tierra serán tu herencia; el mundo entero será tu deudor.

Ha realizado lo imposible.

Y para hacerlo, para introducir a Cristo en su herencia, para someterle las naciones, para que su cruz domine desde el vértice de la Historia, siempre ha echado mano de medios desproporcionados que chocan con la opinión pública y las pasiones de la época. El último de los medios en que hubiera pensado un hombre para establecer una doctrina y subyugar un siglo, el último de todos, el medio imposible, lo ha utilizado Dios. Y los hombres siempre han fracasado, y Dios siempre ha vencido; el mundo, en los solemnes momentos históricos no ha seguido a sus doctores y conquistadores; pero durante diez y nueve siglos ha seguido a Jesucristo. No ha sido siempre espontáneamente, pero en estos diez y nueve siglos de luchas es el Galileo quien siempre ha vencido. Y continuará venciendo en esta suprema batalla que quiere librar contra el

egoísmo de los hombres, para encadenarlos al amor de su Corazón. Los obstáculos que se levantan en todas partes no deben desalentarnos: el pasado responde al porvenir. Si a nuestra época estragada le ofrece esta devoción del amor, no fué menos oportuno el tiempo que escogió para imponer al mundo la devoción a la Cruz o a la Eucaristía.

Porque he aquí las tres grandes etapas de la toma de posesión del mundo por Jesucristo: la Cruz, la Eucaristía, el Sagrado Corazón. Siempre prescindió de que la opinión estuviese preparada para estas devociones; le bastó que tuviese necesidad de ellas.

Las grandes etapas de la conquista del mundo por el Sagrado Corazón

El mundo pagano tenía necesidad de la cruz; pero no se daba cuenta de ello y a buen seguro que la opinión no la exigía.

Los hombres sufrían a causa de sus vicios; pero, como los bebedores empedernidos, no querían enmendarse, y todas las pesadillas que les asaltaban en sus brutales embriagueces, todas las náuseas que subían de su corazón, todos los espectáculos sangrientos, fruto de sus vicios reunidos, no eran parte para impedir que se hundiesen cada vez más en el abismo de sus iniquidades. No tenían otros ensueños, y si pensaban en el cielo era para poblarlo de dioses fantásticos, modelados a su imagen y semejanza, siempre en continua guerra, malos, perversos, llenos de vicios, para poder atribuirse el derecho de imitar tan fáciles modelos. Y en esta inmensa cárcel en que se había convertido el mundo, el fuerte aplastaba al débil, y el débil se desquitaba viviendo una vida de orgullo y de lujuria, hasta que el capricho del dueño, con el látigo o la espada, le anunciaba bruscamente que había de morir.

Y he aquí que sobre esta sociedad levantó Cristo la cruz. Los hombres tardaron algún tiempo en verla: ¡se cernía tan alta y estaban ellos tan poco habituados a mirar por encima del lodo en que habían amasado el mundo! Mas, poco a poco, la vieron, y entonces estalló una inmensa risotada. Esa cruz decía a los príncipes, a los poderosos, que era menester amar a los pequeños, a los pobres, a los esclavos, como hermanos, puesto que Dios los había amado hasta morir para salvarlos; decía a todos que un Dios se había humillado y había sufrido, y que, por consiguiente, el hombre también había de sufrir y de humillarse, ap'astando su orgullo y dominando las pasiones. ¿Era posible un mayor choque con las preocupaciones de la época? ¿Podían verse más contrariadas todas las ideas dominantes? Y los príncipes, los filósofos, los pensadores, los hombres del día se burlaron de la cruz, creyendo que era una superstición sin consecuencias; después se irritaron, cuando vieron que esta locura hallaba pábulo en las masas; más tarde rugieron de rabia, al ver que escalaba el palacio de los césares, y defendieron las creencias de su época con los suplicios del pretorio y las bestias del circo. Pero las creencias de la época, y las fieras del circo, y el pretorio, y los césares fueron vencidos; la cruz dominó y los pueblos cayeron de rodillas en su presencia, no sólo para saludarla con respeto, para decir temblando el humilde «*credo*» de su fe rendida y el «*fiat*» de su corazón purificado, sino también, ¡oh, maravilla!, para aclamarla con frenesí, para amarla con verdadero amor, para blandirla, para enarbolarla como una bandera o como un símbolo de gloria. Fué colocada en todas partes, en todos los sitios augustos o queridos, sobre la frente de los niños, sobre el

pecho de las madres, sobre las iglesias y sobre los sepulcros; en las plazas públicas y en lo más íntimo de las casas; en los palacios y en las cimas de las montañas; en las banderas de los reyes y en las armaduras de los caballeros; en las coronas, en las tiaras, en todo lugar...

En la Edad Media, frente a las costumbres rudas de los cristianos, floreció la devoción a la Eucaristía

Más tarde, como quiera que los hombres se cansan de todo, la devoción a la cruz disminuyó en las almas. Las mismas Cruzadas no sedujeron ya a los caballeros. Antes de decir: «¡Dios lo quiere!», se calculaba el provecho. Ya no se amaba.

Y, sin embargo, las multitudes necesitan una devoción. El cristianismo es profundo como el misterio, complicado como la vida; el pensamiento y el corazón de los sencillos se quedan sin energía práctica, si han de andar a tientas en este inmenso conjunto. Es menester elegir un dogma que los resume todos, al cual fácilmente puedan referirse todos los demás; es menester que resalte, que sea como el punto de perspectiva, para que el pensamiento lo vea todo en él y el corazón encuentre un objeto concreto de su amor.

Tal fué, después de la cruz, la Eucaristía.

Tampoco aquí había cosa alguna que pareciese encajar con las ideas del siglo o que estuviese al alcance de las previsiones de los sabios.

En aquellos tiempos sólo se tenía noción de la fuerza, mas no de aquella fuerza inmensa, colosal, indiscutible, casi mecánica, que parecía formar parte de la máquina del universo y que se encarnaba en el poder del imperio, sino de la fuerza individual, de la que cada uno podía alardear, según la resistencia de su brazo y la longitud de su espada. Por aquí era juzgado el hombre, porque sacaba esta fuerza, no de la situación, de la protección de la ley o de la majestad del imperio, sino de sí mismo, de su interior, de su audacia, de su corazón; y como quiera que, fuera de ella, ninguna cosa era tenida en estima, parecía constituir todo el hombre y todo su valer; ésta era la medida según la cual los hombres rudos de aquel tiempo otorgaban su estima y su amor. Lo mismo en los libros de caballería que en la Historia, buscaban a los valientes; en sus ensueños y en la vida real, para que latiesen sus corazones e inclinasen sus frentes altivas, era menester que viesan pasar la fuerza, la fuerza del corazón y del brazo, que se prueba con las grandes hazañas.

Diríase que había llegado el tiempo oportuno para hablar de la potencia de Cristo, para hacer desfilar ante las almas cristianas la magnífica visión de aquel hombre que, salido de Belén, sin la ayuda de nadie, combatido en todas partes, siempre traicionado, solo, recluso doce apóstoles, doce hombres de la nada, más dichoso con ellos que Carlomagno con los doce pares, conquistó el mundo y lo conservó para siempre. Audaz y feliz hasta lo inverosímil, valiente hasta derramar sangre, abnegado por los suyos hasta la muerte, el más valeroso, el más apuesto, el más cumplido, el más ideal de los caballeros y, por añadidura, ostentando en su frente una aureola divina, parecía que el Cristo conquistador iba a seducir a aquel mundo guerrero y que sólo faltaba mostrarlo envuelto en estos resplandores de gloria a las almas enamoradas de las brillantes epopeyas.

Nada de esto se hizo: en lugar de un Cristo conquistador, es Jesús, dulce y humilde, el que se ofrece a la devoción de las multitudes; en lugar del Dios fuerte, es el Dios débil y oculto en una diminuta Hostia; y es delante de la custodia donde se postran de rodillas las multitudes guerreras.

Tenían necesidad de una lección de humildad y dulzura, de abnegación silenciosa, apartada del fragor de las armas y de las llamadas de la gloria. Tenían necesi-

dad de esta lección. Mas, ¿eran capaces de entenderla? No; pero Cristo lo quiso, y la entendieron.

Bastó una humilde virgen de un monasterio de Bélgica para proclamar los deseos de Cristo; y he aquí que, desde otro claustro, un monje desconocido lanza al mundo, con el cuarto libro de la «Imitación», la divina balada, el cantar de gesta, por así decirlo, de Jesús-Hostia. Y he aquí que Santo Tomás de Aquino aporta a la liturgia del altar el tributo de sus himnos, incomparables por el ardor de la ternura y la profundidad del pensamiento, y, al mismo tiempo, los constructores —estas multitudes extrañas y sublimes, exaltadas por el amor hasta el heroísmo y hasta el genio— pasan alegres; unos, los más numerosos, dispuestos a trabajar y a obedecer sin ningún particular provecho; los otros, los hijos del genio, olvidados de señalar con sus nombres las más grandes obras maestras; y recorren toda Europa, cantando a su manera, en estos magníficos poemas de piedra que son las catedrales góticas, los triunfos de la sagrada Eucaristía. Y he aquí que las almas escogidas corren hacia los claustros para vivir, al pie del Tabernáculo, la epopeya silenciosa de los grandes amores inmolados. Y he aquí que el milagro se produce en todas partes, como la palabra de Dios, que halla eco en las oraciones de los hombres. Y he aquí que toda la vida social parece concentrada en torno del santuario: allí se habla de las esperanzas y de los duelos de la patria; allí se toman las banderas y se depositan los trofeos de las grandes batallas; allí los dueños de los pueblos firman los tratados; allí los señores y los vasallos juran sus franquicias y sus homenajes, los artesanos acuden por gremios, para poner sus tradiciones y sus deberes bajo la salvaguarda de la Hostia; los caballeros toman su espada por la punta y ofrecen la empuñadura al Dios del Tabernáculo, y los mismos reyes reclaman el honor de cantar, al pie del altar, y de seguir, cirio en mano, el cortejo que acompaña la custodia.

La Eucaristía fué, en el siglo XIII, la gran pasión de los cristianos. Y aquí, en las salas de Hierón (en el monasterio de Paray-le-Monial), encontraréis las pruebas o, a los menos, abundantes recuerdos de los espléndidos homenajes que señalaron los triunfos de Jesús-Hostia a través del mundo.

El plan de esta segunda etapa, como el de la primera, parecía imposible; pero el mundo tenía necesidad de él y Cristo lo realizó.

La devoción al Sagrado Corazón responde a la necesidad de conquistar el mundo por amor

¿Y creéis que no llevará a término el de la tercera, que no conseguirá que los pueblos doblen la rodilla delante de su Corazón, como la doblaron delante de su cruz y de la Eucaristía?

El mundo moderno repugna a ello. Lo sabemos. Mas Cristo no decide según los dictámenes de nuestra prudencia, y ofrece su Corazón al mundo cuando el mundo parece menos dispuesto a recibirlo.

Como la nieve al soplar los vientos fríos del invierno, así, al soplo del protestantismo y del jansenismo, la duda, la irreligión y el vicio caen sobre las naciones modernas, y los corazones se marchitan como las tiernas plantas bajo la blanca capa de las escarchas. Nada es capaz de conmoverles. Se puede oprimir a un pueblo sin que se agiten las banderas de los demás, movidas por un impulso generoso, y sin que una espada trace en el aire un rasgo de amenaza; se puede violar descaradamente la justicia sin provocar un grito de protesta en el fondo de las almas. No se conoce ya el valor de los siglos que pasaron, ni los grandes entusiasmos, ni la santa indignación, ni la noble misericordia: nadie se inflama, nadie vibra, nadie se emociona. Todo el mundo es escéptico y egoísta: todo el mundo está estragado. Si todo el mundo tiene la sensibi-

PLURA UT UNUM

lidad embotada, y más con respecto a Dios que con respecto a los hombres; si los corazones son insensibles a todo cuanto pueden ver y palpar; si, como los instrumentos destemplados, no vibran ni aun bajo los fuertes golpes del arco, mucho menos vibrarán bajo el soplo imperceptible de lo ideal; si los ruidos de la tierra no les causan el menor sobresalto, mucho menos hallarán eco en ellos las voces lejanas, venidas del cielo. El frío de la muerte, al extenderse sobre el corazón de los hombres, ha comenzado por arriba, por cuanto hay de más elevado en el amor, por el amor de Dios. Nadie le ama. Pero, ¿piensan siquiera en Él? ¿Saben, acaso, si creen en Él las multitudes de nuestros días? ¡Ah! ¿Cómo queréis que se arrojen a los pies de Jesucristo para manifestarle su amor, cuando apenas se dignan inclinar la cabeza, como los judíos, al pasar junto a su Calvario olvidado? ¿Cómo queréis que este pobre siglo xx se consagre al Corazón de Jesús, cuando no sabe si cree en Jesús y en su Corazón? ¿Hay que hablarle del amor a este mundo moderno? ¿No sería mejor sacudir por el terror estos corazones hoscos y adormecidos, egoístas e insensibles, cargados de pasiones y anegados en un mar de blasfemias? Que pase primero la venganza; quizá ella abrirá el camino al amor.

Si, sí, es todo esto muy verdadero; es imposible que las modernas multitudes se postren a los pies del Sagrado Corazón de Jesús, que entiendan su amor y que sepan corresponder. Es imposible, pero es necesario. Tienen necesidad de él. Si en otras ocasiones les faltó el pan, ahora les falta amor, les falta ideal, y mueren a causa de esta hambre terrible. ¿A quién clamarán en su miseria? Como el pródigo, después de haber disipado su herencia, han intentado realizar los más perversos ensueños, se han doblegado a los más viles trabajos, lo han ensayado todo, sin encontrar nada, absolutamente nada, para satisfacer la sed de su alma. Y nada encontrarán, si continúan buscando sobre el estiércol de sus vicios y de sus egoísmos.

Es necesario que se levanten y que vuelvan a Cristo.

Y Cristo, que lo sabe, se inclina hacia ellos, les muestra su Corazón lleno de divinas ternuras, y les dice: venid, y les espera.

Y entonces, cuando ve que tienen necesidad de Él, ¿qué importa lo imposible? «Venient et adorabunt», «vendrán y adorarán». Ha comprometido su palabra al decir a Margarita-María: «Reinaré a pesar de mis enemigos.» Reinará, estad convencidos de ello, pues así lo quiere, y las multitudes se postrarán delante de su Corazón.

¡Oh! Sin duda que hoy, como en otros tiempos, hay espíritus fuertes que no se dignarán doblar la rodilla; hombres llamados del día, a quienes hará sonreír esta devoción, mientras esperarán defender con la violencia las ideas de su tiempo.

Pero la rueda de la Historia dará otra vuelta, y ellos morirán, y sobre sus tumbas la humanidad se postrará delante de Cristo, que no muere, y delante de su Corazón que siempre ama.

He aquí, hermanos míos, según la mente de Cristo, la devoción de los tiempos modernos. Los dos siglos que nos separan de las revelaciones de Paray no han transcurrido en vano. Lo más escogido del pueblo cristiano ha sido ganado para el Sagrado Corazón. «Venient et adorabunt». En todas partes, las almas delicadas, las almas vibrantes, han comprendido, han acudido, y, llenas de amor, han adorado. Falta ganar a las multitudes. Es menester que sea ésta la obra del siglo xx.

Y nos corresponde a nosotros, hermanos míos, socios del Apostolado de la Oración, formar el cortejo de Cristo en esta última parte de su triunfo; formar un cortejo de honor por la fidelidad de nuestra adhesión, y también, siempre que fuere necesario, un cortejo de combate, con todo el ardor de nuestro celo. Hemos, pues, aquí, para avivar nuestro amor y para exaltar nuestro celo, para hacerlos eficaces, para consagrar el siglo xx al Sagrado Corazón.

(De «Messenger du Cœur de Jésus».)

R. P. Eymieu

Viene de la página 284

ESPIRITU BURGUES Y ESPIRITU DE CRUZADA

«La evolución de la cultura moderna amenaza con destruir a la persona humana», dirá Berdiaeff (26).

«El lenguaje cristiano —sigue diciendo Scheler por su parte—, y ello es harto característico, no conoce el «amor a la humanidad». Su concepto fundamental es el «amor al prójimo». En cambio, la filantropía moderna no se dirige en primer término a la persona, ni a determinados valores de la actividad espiritual (no se dirige al «hombre» en cuanto es «persona» y realiza estos actos, es decir, en cuanto realiza las leyes del «reino de Dios», ni tampoco a los «próximos» seres visibles, únicos capaces de esa más honda penetración en la capa de la personalidad espiritual, cuya aprehensión constituye la forma suprema del amor, sino que se endereza a la suma de los individuos humanos como tal suma» (27).

El peso de la Cruz

Por lo pronto, «la cultura de nuestro tiempo ha perdido toda unidad orgánica, carece de orden jerárquico... La «élite» cultural ha perdido la conciencia de servir una causa suprapersonal, un gran todo» (28).

Al citar esta aseveración de Berdiaeff, resuenan en nuestros oídos lo que en el mismo sentido, pero de un

modo más concreto, decía Pío XII en el discurso inaugural del XII Curso de la Academia Pontificia de Ciencias (29).

Se ha perdido la noción de *servir*, efectivamente, y aquí se inserta el problema que la técnica plantea en nuestros días. Porque no pertenece a un dominio neutro, como dice bien Berdiaeff, y hoy todo el mundo ya. Puede servir a la causa de Dios o a la del diablo. Puede materializar más la vida o puede contribuir a espiritualizarla (30).

En todo caso, el remedio a las calamidades de la época presente ha de residir en algo más alto y que se ha señalado ya con insistencia. El espíritu burgués no tiene antidoto material. «Una sociedad burguesa es una sociedad no espiritualizada» (31). Y el espíritu burgués sólo puede desaparecer si el hombre atiende a esta regeneración personal por la caridad y, en consecuencia, por la humildad.

Si hoy tenemos la inmensa suerte *de que esto ya no nos resulte asombroso*, tampoco nos asombrará que el Papa haya dicho: *la salvación está en la oración*, y que contra los males de la sociedad haya predicado la *Cruzada*. Una Cruzada constituida por un ejército de orantes, donde cada uno sienta auténticamente gravitar sobre sus hombros *el peso de la Cruz* y donde todos empleen como el arma más eficaz de combate la fuerza sobrenatural de la *oración*.

Francisco Hernanz

(26) Berdiaeff, obra citada, pág. 85.

(27) Scheler, obra citada, pág. 140.

(28) Berdiaeff, obra citada, pág. 83.

(29) Vid. CRISTIANDAD, n.º 95, año 1948.

(30) Berdiaeff, obra citada, págs. 77 y 79.

(31) Ibid, pág. 58.

EXAMEN PRACTICO SOBRE NUESTRA FORMACION

ESTAR PRESENTES

El prestigioso Padre Evin Busutil, del Secretariado Central de las Congregaciones Marianas, ha tenido la amabilidad de remitirnos, para su publicación, en CRISTIANDAD, este artículo que, con vivo agradecimiento hacia su autor, publicamos seguidamente.

«Es la hora de obrar», ha dicho el Papa de una manera clara y terminante. No podemos ser de los eternos «en preparación», «en formación».

La acción es un elemento de formación, y, aunque a dosis, pero debe ser ejercitada aun en el período dicho de formación.

Mas para obrar, es necesario estar «presentes»; presentes con el cuerpo, presentes, sobre todo, con el carácter, con nuestro cumplimiento de Congregantes, y por esto mismo de apóstoles, de levadura, de gente que ha decidido «no matar el tiempo».

Muchas veces ocurre que estamos presentes con el cuerpo en la calle, en el autobús, en el tranvía, o en cualquier otra parte, y, sin embargo, estamos ausentes de nuestro hábito de «militantes» de la Iglesia, y entonces no nos importa nada lo que en esos sitios sucede.

Hemos dado nuestra clase de Catecismo, hemos visitado a los pobres, y ahora únicamente estoy para mis cosas. Estoy cansado de discutir; me tomo una vacación.

He aquí al ausente.

Va por la calle. Dos golfillos se están pegando, se hacen daño, blasfeman, roban de una tienda vecina..., y nosotros, adelante. Aquello no nos interesa. En aquel momento, no estamos.

En un tren se discute sobre curas, Iglesia, religión... ¿Tú, dónde estás? ¿Por qué no dices tu opinión? ¿No piensas? ¿No tienes ganas? ¿No te importa? ¿Es que esperas tal vez ser interrogado, para levantar un poquito los hombros enrojeciendo de vergüenza? Si no hablas en seguida, no tendrás después la valentía de mostrarte contrario a lo que se dice; haces lo mismo que hace el conejo: echar a correr.

En el autobús estás sentado comodísimamente. Suben señoras con niños, ancianos, trabajadores cansados de la jornada. ¡Levántate! Déjales el sitio a ellos con una sonrisa, con un gesto cristiano. También es esto apostolado y hace amar la bondad, la religión de Cristo. No te excuses con decir que hay tanta gente que debería levantarse antes que tú. Tú debes ser siempre el primero, y en todo.

En casa, tu hermana responde desairadamente a tu madre, está poco modesta, quiere hacer lo que le viene en gana. ¿Tú, dónde estás? Tu deber es decir tu palabra caritativa, llevar y mantener la paz.

En la Universidad, unos cuantos calaveras están molestando a una muchacha. Y tú pasas rápido y serio. ¡No basta! Defiéndela; di cualquier cosa que haga enrojecer a aquellos desvergonzados y haga respirar a aquella pobre y con ello recobre fuerzas para resistir y mostrarse enérgica.

Esto quiere decir «estar presentes». Quiere decir un convencimiento de que donde tú estás, eres el Caballero de María; que eres tú, precisamente tú, que debes influir en la opinión pública, que debes educar al pueblo, que debes llevar a Cristo a la sociedad, pero diciendo a todos que lo llevas, haciéndolo ver y sentir de un modo concreto.

No es cierto que lo que pasa en la calle, en la Universidad, o en cualquier sitio no nos importa. Nosotros no somos unos hombres cualquiera, sino que estamos Con-

sagrados, somos Soldados que tienen la santa pretensión de renovar a la sociedad. La sociedad es nuestra, confiada por la Reina del mundo, para que nosotros la transformemos y la conduzcamos a la razón y a la educación cristiana y civil.

¿Somos conscientes de ésta nuestra prerrogativa? ¿Estamos profundamente convencidos?

Prepararse

La dificultad real es que algunas veces nos hallamos desprevenidos. Vemos cosas que a primera vista nos dejan indecisos.

Para evitar tales situaciones «imprevistas» es necesario que nosotros, personalmente, nos preparemos.

Cuando haces la meditación, pregúntate a ti mismo: «Si oyese a alguien blasfemar, qué le diría?» Prepara las respuestas: «¿Tal vez le diría alguna fuerte?, ¿suave?, ¿o quizá una jaculatoria dicha a media voz, pero resueltamente y con tono de respuesta?» Cada uno que vea, según su carácter y según las circunstancias que se le presenten. Pero es necesario estar pronto, tener preparada *de memoria* la respuesta, si no, en el momento preciso no sabremos qué decir.

«La hermana tiene tal defecto. ¿Yo qué hago para corregirla?, ¿qué podría hacer?, ¿cuál es la mejor manera de reaccionar? Aquel congregante no cumple con su deber; aquel otro joven se ríe de la Congregación o de las asociaciones religiosas. Debo darle una buena respuesta, ¿qué cosa le diré?»

He aquí meditaciones apostólicas, provechosas y útiles.

En otras palabras, es de todo punto necesario no permitir a los malos hacer impunemente el mal. Al mal se le debe resistir, porque el mal *no se debe hacer*; y la *opinión pública no debe hacerse* la idea de que estamos derrotados por el mal; que el mal lo inunda todo; que «todos lo hacen», y por lo tanto ya no hay remedio.

No podemos imaginarnos cuánto contribuya a la educación social de nuestro pueblo, tener estos militantes de la Religión, que allí donde están están «presentes» con su palabra y con su protesta.

Presentes a Dios

Dios, ciertamente está presente en nosotros y con nosotros, si nosotros estamos en gracia. Sin embargo, ocurre que muchas veces estamos tan lejos de nosotros, que lo dejamos solo. Estamos ausentes de nuestro corazón.

Nuestra pérdida en este caso es inmensa. Pidámoslo a los Santos, que vivían en continua unión con el Huésped Divino. En medio de las ocupaciones más febriles estaban siempre con Él. Nunca lo perdían de vista.

Su vida era un eterno Nazaret. Iluminados por Él, sostenidos por Él, confortados por Él, su paso por la tierra, un gozo lleno y seguro.

Tú, en cambio, pierdes la dulce compañía de Jesús, pasas por su lado, distraído, sin una sonrisa, sin pedirle una palabra.

¡Está presente! Vive en su presencia. Piensa en Él,

COLABORACIÓN

háblale, consúltale. Jaculatorias esparcidas por todo el día al Dios del corazón, presente y operante. ¿Quién podrá decir la poesía de las jaculatorias? Lo dijo San Francisco de Sales cuando afirmó: «Todas las oraciones no podrán nunca sustituir a las jaculatorias; sin embargo, ellas pueden sustituir cualquier otra oración.»

Está presente, especialmente *cuando Dios llama*. Su voz es suave, ligera.

Jesús no se cansa de *llamar*. Llama de día, llama de noche, llama en medio del ruido del mundo y en el silencio del aposento; llama al corazón alegre y a aquel llagado; en el gris crepuscular y en el dorado amanecer.

Jesús llama a todos. A unos por un camino, a otros por otro; llama por un día o por toda la vida; llama a una acción, a un trabajo, a una sonrisa, a una victoria; llama a la cruz o al descanso del corazón; llama para la vida o para la muerte; llama para cuenta del Juicio; llama para el premio merecido.

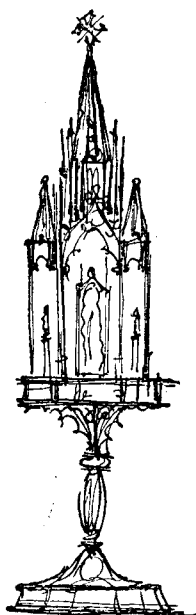
El mundo está lleno de su Voz; el tiempo está saturado de invitaciones tuyas; las almas están todas embebidas de la armonía de su gracia.

Especialmente ahora, es preciso estar PRESENTES, para responder al llamamiento, sin tergiversaciones.

Emvin Busuttill, S. J.

Del Secretariado Central de las CC. MM. Roma

A JESUS - EUCARISTIA



Si pan es lo que vemos ¿Cómo dura,
sin que, comiendo dél, se nos acabe?
Si Dios ¿Cómo en el gusto a pan nos sabe?
¿Cómo de sólo pan tiene figura?

Si pan ¿Cómo le adora la criatura?
Si Dios ¿Cómo en tan chico espacio cabe?
Si pan ¿Cómo por ciencia no se sabe?
Si Dios ¿Cómo le come su hechura?

Si pan ¿Cómo nos harta siendo poco?
Si Dios es, ¿Cómo puede ser partido?
Si pan ¿Cómo en el alma hace tanto?

Si Dios ¿Cómo le miro yo y le toco?
Si pan ¿Cómo del cielo ha descendido?
Si Dios ¿Cómo no muero yo de espanto?

Fray Luis de León

El Corazón de Jesús y la salvación de España

Esperanza suprema

UN SIGLO DE OPROBIOS Y DE IGNOMINIAS

Recientes todavía los luctuosos sucesos que terminaron con la pérdida de los magníficos florones, restos de un grandioso Imperio, de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, se debatían en el Congreso las gravísimas acusaciones contra el «hermano» Morayta, símbolo y representación en aquel momento de las maquinaciones de la masonería contra la grandeza y la prosperidad de nuestra Patria.

Todo un siglo de innobles concesiones y de burdas maniobras, en aras de una política enfeudada en el corruptor sistema liberal y protegida arteramente con el trofeo glorioso de una monarquía que había sido la defensora acérrima del espíritu de fe y de devoción a la Iglesia, esencia vital de nuestra unidad y de nuestra misión providencial en la Historia; todo un siglo, decimos, de maquiavelismos y traiciones, parecía juzgarse en aquellos días en los escaños parlamentarios. El «hermano» Morayta, que había huido de España para escapar a las indagaciones policíacas, a causa de su complicidad con los rebeldes tagalos, volvía triunfante a nuestro país, donde le aguardaba un acta de diputado que le daba el derecho de ocupar un sitio en el Congreso, donde quedaría, según palabras pronunciadas entonces por el diputado señor Ugarte, «como estatua viviente de nuestras desgracias, como símbolo de nuestros desastres, de nuestra degeneración vergonzosa y de nuestras miserias» (1).

Pero nada podía hacerse en aquel ambiente corrompido. El pequeño y selecto grupo que pedía la expulsión del señor Morayta del Congreso, acusándolo, y con él a la masonería, de responsable máximo de las derrotas españolas en Ultramar, fué derrotado gracias a los conspicuos partidarios del término medio. El entonces Presidente del Consejo de Ministros ilustró con las palabras y los hechos, la más clara y completa definición de lo que había de constituir la conducta del hombre político que navega entre dos aguas, sin comprometerse en una posición definitiva. «Estamos frente a un conflicto de conciencia —se escandalizaba en Pleno Parlamento—. Yo no puedo influir sobre la opinión de nadie. Por eso *mantengo mi abstención*, toda vez que no podría evitar que muchos de mis amigos siguieran el voto que emitiera. Adviértase que se trata del representante activo de la masonería (se refería, claro está, al señor Morayta), y yo soy jefe de un gobierno católico. Adviértase también que se trata de un republicano triunfante en Valencia, contra candidatos monárquicos amigos míos. Mi honor de caballero, mi conciencia de magistrado, me aconsejan por todos estos motivos la abstención para que no se me tache de parcial» (2).

¡Valiente postura la de un jefe de un «gobierno católico» en un asunto en que estaba en juego el mismo honor de la patria, mancillado por tantas traiciones y cobardías!

¿Qué tenía de extraño que entre semejantes «heroismos» y componendas, el representante de la masonería encontrase su ambiente y su escaño de honor?

¡Con cuánta razón el señor Olazabal, dirigiéndose a la mayoría complaciente, afirmaba que lo más procedente era cerrar el Congreso y poner en la puerta el letrero: «*Se vende o se aquila!*»!

Así terminaba en España el siglo XIX, en una asfixia progresiva del verdadero espíritu español. La masonería y sus cómplices, enroscados furtivamente en el árbol de la patria, consumían lentamente la savia viva que tantos días de esplendor había deparado a las generaciones preteritas.

* * *

Pero había todavía más. La conjuración masónica trataba no sólo de empobrecer, de avasallar a España, sino que aspiraba a corromper y aniquilar el alma de la nación. Como escribía en aquellas fechas un célebre escritor, «después de haber dejado a España con un andrajo de su antigua púrpura, después de la ruina de nuestra armada, de la deshonra de nuestro ejército, que jamás había perdido su honor; después de tanto oro, de tantas lágrimas y de tanta sangre española tan inútilmente derramada, *tratan estos infames masones de consumir su último despojo*, quitándonos, si pueden, lo que siempre hemos apreciado sobre todas las demás cosas».

Efectivamente; el objetivo esencial de la secta, era —y lo es hoy— la descristianización del pueblo español. Para conseguirlo se valían de todos los medios, de todas las artimañas, de todas las persecuciones. Podríamos afirmar que los grandes desastres sufridos en Cuba y en Filipinas constituían una preparación necesaria para llevar a término sus turbios propósitos. ¡Era necesario sumir a la nación entera en la desesperación más completa! ¡Era preciso a toda cosa que España quedase reducida a un Estado de infima categoría, para ser juguete de las veleidades de la masonería internacional a través de los dirigentes de las grandes potencias no católicas!

Pero, una vez más, la secta, aunque logró hundir a España en la ruina y sujetarla al despotismo liberal, se equivocó por lo que respecta a la entereza del pueblo español y a su fidelidad a nuestra Santa Madre la Iglesia.

¡Año de 1899! ¡Despertar magnífico de la nación entera frente a las maquinaciones de los enemigos de Dios! ¡Proclamación viva de la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús como remedio providencial contra los acongojantes males que padecía el país!

¡Año de 1899! ¡Todo el pueblo, acudiendo solícito a pedir protección al dulcísimo Corazón de Cristo, reclamando su Reinado de paz y de amor! ¡Toda España floreciendo en nuestras expresiones de su íntima devoción! El Corazón de Jesús protegiendo los hogares, las familias, los pueblos y las ciudades. ¡Plebiscito inmenso y consolador en unos instantes verdaderamente cruciales en la historia de la nación!

Pero la masonería, incrustada en la vida política y administrativa del país, no puede sufrir el despertar profundo de la religiosidad del pueblo y se lanza sin más a toda suerte de atropellos inauditos y de ignominiosos atentados.

Veamos cómo relata un periódico de la época una de las demostraciones más deplorables del sectarismo gobernante: «El alcalde de Cádiz, un monterilla, déspota conculador de las leyes y atropellador de los derechos del ciudadano, como todo buen liberal, una hechura de la situación *reaccionaria* que nos *regenera*; una autoridad que

(1) Sesión del Congreso del 10 de junio de 1899.

(2) Sesión del Congreso del 12 de junio de 1899.

A LA LUZ DEL VATICANO

deja campar por sus respetos a la pornografía y toda suerte de inmundicias en la ciudad confiada a su cuidado y buen gobierno, se ha permitido una *hazaña* digna de un católico-liberal y ha mandado a los dependientes del municipio gaditano arrancar la imagen del Corazón de Jesús de las paredes de dos casas, donde el dueño, en uso de su indiscutible derecho, la había puesto.

»A pesar de los días transcurridos desde que se perpetró la hazaña, no sabemos que el *reaccionario* y *regenerador* gobierno del señor Silvela haya obligado al monterilla de Cádiz a reparar la injuria hecha a Jesucristo y a deshacer la alcaldada; ni sabemos tampoco que los tribunales de justicia hayan vuelto por los derechos conculcados del ciudadano, empapelando al alcalde que, bien sea por ignorancia inexcusable, bien sea por malicia, se ha permitido abusar de su autoridad y atropellar contra toda ley y justicia una propiedad privada... Y es que en las gentes que nos gobiernan no reina Cristo; es que las gentes que nos gobiernan y dejan indefensos los derechos de Cristo y de los ciudadanos católicos, lejos de querer que Cristo reine, trabajan, más o menos hipócrita y hábilmente, para desterrarlo de la sociedad española. Pero el Corazón de Jesús ha dicho: *Reinaré en España*; y a pesar del monterilla de Cádiz; a pesar de los liberales que simpatizan con él y de los católicos cobardes que no se atreven a condenarle; a pesar de Silvela y de todos los gobernantes sectarios y volterianos habidos y por haber, el Corazón de Jesús reinará en España, *y con más veneración que en otras partes*» (3).

Pero lo de Cádiz no fué un caso aislado. Respondía, ni más ni menos, a un plan extenso y meditado, trazado y propulsado desde los antros masónicos, y que se exteriorizó en diversos lugares del país.

El Episcopado español dejó constancia de tan incalificables hechos y del nombre y condición de sus autores morales y materiales. En una Exposición al Presidente del Gobierno, los Obispos se expresaban en estos términos:

«Queremos, Excelentísimo Señor, y pedimos que si se vuelven a repetir, por la malicia de los hombres u ocultos manejos de la masonería, sucesos parecidos a los de Zaragoza, Barcelona, Valencia, Castellón, el Gobierno de Su Majestad no observe ante ellos la conducta que observó en éstos, dejando apedrear y asaltar conventos, insultar religiosos, incendiar colegios, profanar la imagen venerada del Sacratísimo Corazón de Jesús, sin oponer resistencia alguna, hiriendo así los sentimientos católicos de millones de españoles, por no reprimir la audacia de unos cuantos sectarios, que, animados por la impunidad en que quedan sus criminales actos, los repetirán con mayor frecuencia hasta conseguir la muerte de la Religión Católica, que es el fin principal de sus depravados corazones.

»Nosotros, los Obispos españoles, reunidos en el V Congreso Católico Nacional, como Obispos y como españoles protestamos ante el mundo entero de los actos llevados a cabo en las ciudades ya mencionadas y de la impasibilidad con que el Gobierno ha contemplado los insultos he-

chos a la Religión del Estado y a los grandes daños causados a sus pacíficos habitantes» (4).

* * *

En medio de esta renovación del espíritu nacional, audazmente vilipendiado por las logias, la decisión del Romano Pontífice, ordenando que el día 11 del mismo año se recitase en el templo principal de cada ciudad y pueblo, la fórmula de Consagración al Sagrado Corazón de Jesús, fué recibida en todo el país como signo de consuelo y de paz entre las difíciles circunstancias de aquellos días.

¡Cuán profundamente habían de calar en el alma española, sometida al vaivén tempestuoso de las acometidas furibundas de un liberalismo opresor, las palabras luminosas del gran Pontífice León XIII!

«Tal consagración —enseñaba el Papa— infunde también en los pueblos esperanzas de cosas mejores, como quiera que puede renovar y atar más apretadamente los vínculos que naturalmente unen los Estados con Dios. *Previsamente en estos últimos tiempos se ha procurado con todo empeño que mediase como un muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En la constitución y gobierno de los pueblos se tiene en nada la autoridad del derecho sagrado y divino, con el intento de que la religión no influya lo más mínimo en el modo de ser de la vida ordinaria. Lo cual casi equivale a hacer desaparecer la fe de Cristo y a desterrar de la tierra, si se pudiese, el mismo Dios.* Ensoberbecidos los espíritus con tan gran pedantería, ¿qué de maravillar es que la mayor parte del género humano haya caído en tanta anarquía y sea juguete de tales olas que a todos hacen temblar y peligrar? Menospreciada la religión, es necesario que se derrumben las firmísimas columnas de la pública incolumidad. Ahora bien, al ir Dios a tomar el justo y merecido castigo de sus encarnizados enemigos, los ha entregado a sus propios caprichos para que sean esclavos de sus pasiones y se consuman con su desmedido libertinaje» (5).

¡Esta era la desgraciada Historia del siglo XIX en nuestra Patria! ¿Por qué la Consagración del mundo al Corazón Sacratísimo de Jesús no había de ser el comienzo de un nuevo periodo en la historia nacional? «He aquí —señalaba León XIII— que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. EN ÉL SE HAN DE COLOCAR LAS ESPERANZAS, A ÉL HAY QUE PEDIR Y DE ÉL HAY QUE ESPERAR LA SALVACIÓN DE LOS HOMBRES» (6).

Con tan providenciales augurios iba a realizar España entera, en estrecha comunión con el Vicario de Cristo, la anunciada Consagración. ¿Cómo se efectuó ésta? Lo veremos, Dios mediante, en una sintética exposición, en el artículo del próximo número.

José-Oriol Cuffi Canadell

(4) Exposición del Episcopado español reunido en el Congreso Católico celebrado en Burgos, fechada el 4 de septiembre de 1899.

(5) León XII. Enc. *Annum Sacrum*, 25 de mayo de 1899. Véase *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón*, págs. 55 y 56.

(6) Véase obra citada. pág. 57.

(3) *Diario Catalán*, 9 de junio de 1899, pág. 1.^a. La cursiva es del original.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

ESTAMPAS CARLISTAS, por ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER. Editorial Tradicionalista. Exclusiva de venta: *Misión*; Cruz, 1, Madrid.

El escritor ameno, autor de incontables narraciones morales y aleccionadoras, que es Antonio Pérez de Olaguer, nos presenta ahora estas «Estampas Carlistas», recopilación de anécdotas repartidas acertadamente en varios capítulos. Esta distribución hace que, pese a la heterogeneidad de la materia, tenga la obra una ligazón, arrancando de las guerras civiles, continuando por el mantenimiento del fuego del Ideal en ambientes hostiles y terminando por la contemporánea floración de boinas rojas en el Alzamiento Nacional de 1936.

Si la anécdota tiene, indiscutiblemente, su valor histórico, siendo reflejo exacto de espíritus y ambientes que ningún historiador debe menospreciar, en Pérez de Olaguer adquiere aun más valores: El del sentimiento, la llamada al corazón, la ejemplaridad, el mover a la admiración y al respeto. Así, la anécdota cobra en su pluma todos sus matices espirituales. Y se une con la amenidad, en el agradable contraste de lo serio y lo humorístico que con mano maestra sabe manejar nuestro autor.

Como punto final a nuestra recensión anotemos la falta de censura eclesiástica en el libro que nos ocupa. Repetidas veces nos hemos lamentado desde estas líneas de tal omisión, precisamente en autores y editores que no debieran pasar por alto el cumplimiento de esa obligación moral, siendo, al cumplirla, ejemplo para los demás. Y por ello nos hemos propuesto hacer el oportuno recordatorio siempre que la ocasión fuese propicia. Conste, además, que tales advertencias las hacemos a título de reproche amigable y leal consejo, sin que ello sea obstáculo al sincero y cordial reconocimiento de todo lo bueno que tenga el libro.

EL DOCTOR DE AUSONA, por FELIÓ A. VILARRUBIAS, Secretario de la Junta barcelonesa del Centenario de Balmes. Prólogo del Il. Dr. don JOSÉ GROS Y RAGUER, presbítero., Canónigo de la S. I. C. de Barcelona. — *Librería Subirana*, Puertaferri, 14, Barcelona.

Con acierto ha puesto Vilarrubias por subtítulo a su obra: «Del singular alcance de la obra del Doctor Jaime Balmes». Porque el libro en cuestión es, bien medida, una visión general del pensamiento y la obra balmesianos. Pero no bajo un aspecto estático, simplemente de estudio y exposición. Balmes tiene actualidad a los cien años de su muerte. Nos lo remacha el autor de «El Doctor de Ausona» y nos lo hace notar su prologuista, el doctor Gros. Y ello porque Jaime Balmes no fué solamente un teórico: Era incapaz de comprender una teoría sin aplicaciones prácticas. Teólogo, filósofo y pedagogo, es imposible concebir a Balmes si al lado de su especulación intelectual no hay «El Protestantismo comparado con el Catolicismo», sus escritos políticos y «El Criterio». Los problemas de la sociedad en que vivió Balmes son, fundamentalmente, los mismos de nuestra sociedad, más agudizados sin duda. Por eso las soluciones balmesianas son también punto de partida para las soluciones de hoy. La lucha entre el Catolicismo y la Revolución, entre el bien y las fuerzas del mal, que viviera Balmes, sigue hoy palpitante.

Por eso, al darnos Vilarrubias un retrato exacto de Balmes, en su pensamiento, en su obra y en sus soluciones, ha de rematarlo en todo momento con la vigencia actual del Doctor de Ausona. Libro, pues, el de Vilarrubias, del que no cabe decir mejor y más completo comentario: Interpretación fiel de Balmes y de su alcance singular a los cien años de su muerte.

Luis Luna

LIBROS RECIBIDOS

DE GRATIA CHISTI, por Marcolinus Daffara, O. P. (*Cursus Manualis Theologiae dogmaticae secundum divi Thomae principia*). Ed. Marietti, Torino, 1950.

La *Sacra Bibbia*. TEOLOGIA DEL VECHIO TESTAMENTO, por Paolo Heinisch, Prof. de la Universidad de Nimega, trad. del Prof. D. Pintonello. Ed. Marietti, Torino, 1950.

La *Sacra Bibbia*. II. GIUDAISMO PALESTINESE AL TEMPO DE GESU CRISTO, por el P. Giuseppe Bonsirven, S. J., Prof. del Pontificio Istituto Biblico. Trad. dal francese di Giosuè Mariigliano. Marietti, Torino, 1950.

DE SANCTISIMA TRINITATI, II, por P. F. Ceuppens, O. P., segunda edición. (*Theologia Biblica*) Ed. Marietti, Torino.

LUZ EN ESPAÑA, por José Ignacio Vernaza. Editorial América. T. J. Martínez y Cía., S. A. Cali (Colombia).

LA ERA ATOMICA, por Jaime M.^a del Barrio, S. I. — Ciclo de conferencias dadas por el Profesor a los alumnos de la clase de «Introducción Fisiológica a la Filosofía» en la Universidad Pontificia de Comillas. — Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, Santander, 1949.

LE FOU DE NOTRE DAME, LE PERE MAXIMILIEN KOLBE, por María Winowska. — Prefacio de Bruno de Solages, Rector de las Facultades Católicas de Toulouse. — Bonne Presse, Paris, 5, rue Bayard, 1950.

EL MATRIMONIO CRISTIANO, por Jacques Leclercq. — Prólogo de Francisco Marco Marenciano. — Patmos, libros de espiritualidad (Colección dirigida por Raimundo Paniker). — Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1950.

LA VIDA RELIGIOSA, por el Beato Fray Diego José de Cádiz. — Notas preliminares de Fr. Serafín de Ausejo, O. F. M. Cap. — Librería Subirana, Barcelona, 1949. 2.^a edición.

ILS. CUORE DI GESU, por Vittorio Genovesi, S. I. Discursos para la novena, según las enseñanzas de la Encíclica «Miserentissimus Redemptor» y los escritos de Sta. Margarita María. Messagero del Sacro Cuore, Roma (Via degli Astalli, 16).

ARMAMENTARIUM DIRECTORIUM APOSTOLATUS ORATIONIS. Tres volúmenes: 1.^o Para todos; 2.^o Para Celadores y 3.^o Para Directores. Edizioni «La Civiltà Cattolica». Roma.

Esta referencia es una simple nota de atención y de gracias para quienes nos envíen libros, sin perjuicio de que en su día se publique la «Orientación Bibliográfica» de aquellos que consideremos de interés para los fines de CRISTIANDAD.

DE ACTUALIDAD

Valor del trabajo y función social de las finanzas. — Manifiesto de los dirigentes de Israel en el II aniversario de la proclamación de su Estado

Valor del trabajo y función social de las finanzas

«El trabajo debe dar al hombre y a su familia el suficiente pan cotidiano. Y esto no es algo que viene a unirse extrínsecamente, sino que es intrínsecamente propio del trabajo mismo profesional, según el designio divino», dijo Su Santidad Pío XII en el discurso pronunciado el día 25 del pasado mes de abril ante varios miles de empleados de la Banca de Italia.

El trabajo profesional es, para los cristianos, un servicio de Dios. «Sea para otros solamente un peso que se huye en cuanto es posible, o, por el contrario, un fin en sí mismo, un ídolo del que el hombre se hace esclavo. Para vosotros, no.»

Aludió el Papa a las cualidades del buen trabajo: conciencia, honestidad, exactitud, cualidades tanto más precisas en cuanto el trabajo es un servicio de Dios y es un medio poderoso para el bienestar de la comunidad.

Jesucristo no condena las riquezas justamente adquiridas. «Él alaba o reprueba la conducta recta o inicua del hombre para con ellas. ¡Ay de quien se hace su esclavo, porque no se puede servir a dos señores! (Luc., 16, 13). ¡Ay de quien, engañado de ellas, sofoca en sí mismo la semilla de la palabra divina! (Mat., 13, 22). ¡Ay de quien confía en ellas sin preocuparse de la cuenta que debe dar a Dios! (Luc., 12, 20). ¡Ay del mal rico que no vive más que para gozar, sin dirigir una mirada al pobre Lázaro, que, lleno de llagas, yace delante de su puerta. (Luc., 16, 19). Sí, ¡ay de todos éstos! Pero alabanzas y recompensas al siervo bueno y fiel que ha hecho fructificar los talentos recibidos, y reprobación, por el contrario, y castigo al siervo infiel que ha ocultado el dinero de su señor bajo tierra en vez de entregarlo al banquero y obtener de ello una congrua segura (Mat., 25, 20-30)».

La función social de las finanzas —añadió el Papa—, consiste en hacer fructificar el capital», y citó algunos ejemplos de los múltiples servicios que puede prestar la Banca: «facilitar y alentar el ahorro...; facilitar y participar en útiles empresas que no podrían ser emprendidas sin su concurso; hacer fácil, y tal vez aun sencillamente posible, la regulación de las cuentas, de los cambios, del comercio, entre los individuos y el Estado», etc.

Y terminó diciendo Su Santidad: «El trabajo de un hombre que vive en gracia santificante debe manifestar la filiación de Dios como una fuente sobrenatural de energía cotidiana y de cotidiano mérito para el cielo y para los vastos fines del reino del Padre. De tal manera, la jornada de trabajo de un verdadero cristiano, exteriormente no diversa de la de otros hombres y dedicada también para las cosas de acá abajo, está desde ahora inmersa en la eternidad. El trabajador cristiano está y trabaja en este mundo; pero vive del de allá y para el de allá, para la

hora en que emplazare el Señor a su siervo fiel a la eterna paz.»

Manifiesto de los dirigentes de Israel en el II aniversario de la proclamación de su Estado

Con ocasión del segundo aniversario de la proclamación en Tel Aviv del llamado Estado de Israel, los dirigentes judíos de Palestina han publicado un manifiesto en el que, entre otras cosas, dicen lo siguiente:

«Cerca de 400.000 inmigrantes han entrado en Israel desde la fundación del Estado.

»Durante este último año, los últimos judíos han dejado el infierno de los campos de concentración nazis, y la mayoría de los que todavía permanecen en Alemania, Austria e Italia han sido absorbidos por la madre patria. Los restos de la diáspora en ciertos países de Europa, en los que nuestro pueblo estaba amenazado de desaparecer en cuanto entidad nacional, han sido salvados. La diáspora más antigua y más oprimida del mundo árabe, la del Yemen, está en vías de liquidación.

»Más de 130 nuevas colonias han sido fundadas en el curso de este año en toda la extensión de nuestro territorio, y más de 30.000 personas, procedentes de numerosos países, se han entregado a trabajos agrícolas. Más de 50.000 niños han sido admitidos, en el transcurso del año, en los establecimientos de enseñanza y de educación, y han sido construidas más de 25.000 viviendas en todo el país...

»Durante este año, Israel ha sido admitida en la Organización de las Naciones Unidas como Estado soberano, con los mismos derechos y las mismas obligaciones que los otros miembros de la familia de las naciones del mundo. Por primera vez en la Historia, la voz independiente de Israel se hace sentir en el interior de los Estados soberanos, en favor de la paz y de la justicia.

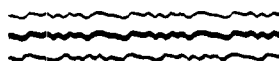
»Pero queda todavía un largo y duro camino a recorrer. Los enemigos amenazan nuestra existencia y nuestra independencia y las fronteras del Estado. El porvenir de la paz mundial es muy dudoso. La gran mayoría de nuestro pueblo se halla todavía en suelo extranjero, expuesto a menudo al odio racial y bajo el peligro de desaparecer espiritualmente. Noventa mil inmigrantes, llegados al país, se encuentran todavía en campos provisionales y no se han integrado aún en la vida activa y en la economía nacional. El suelo de nuestra patria liberada es en gran parte inculto y árido... Pero el entusiasmo y la labor de tres generaciones de pioneros no han sido vanos, y vemos dibujarse ya los primeros signos de la liberación total...»

El manifiesto termina haciendo un llamamiento para «realizar plenamente la esperanza de nuestra liberación».

J. O. C.

INASA

INMUEBLES Y APROVECHAMIENTOS HIDRAULICOS, S. A.



San Francisco, 14, pral, 1.º

TARRAGONA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.
Semestral . 50'00 "
Trimestral . 25'00 "



Número ordinario . . . 5 ptas.
Encuadernar. 25 »
Tomo encuadernado . 125 »

Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

RESERVADO
A. C.

ECCLESIA

ORGANO DE LA A. C. E.

Corresponsal en Barcelona:

Federico Bernadá

Valencia, 347, entlo., 2.ª

Teléfono 21 27 75

J. Pallarés

Logo

**PROTEGE
EL HOGAR**



INSECTICIDA D-D-T DE ACCION PROLONGADA



*Visite las Cuevas
de Artá*

EDUARDO PUIG REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. J. Antonio, 431 Teléfono 24 31 28
BARCELONA

TEJIDOS DE LANA, SEDA, RAYON Y SUS MEZCLAS
HILADOS Y TORCIDOS DE ESTAMBRE

Salvador Casacuberta, S. A.

Ausias March, 37 Teléfono 25 30 33
BARCELONA

Llegó la hora...

de
**COMBATIR
LA POLILLA
MOSCAS
MOSQUITOS
ETC.**



Recuenden
INSECTICIDAS



DDT de ACCION RAPIDA y DURADERA